










EL DIABLO ENAMORADO JACQUES CAZOTTE

Jacques cazotte

# El diablo enamorado



**Jacques Cazotte**

Nació el 7 de octubre de 1719 en Dijon, Francia.

Comenzó a dedicarse a la literatura en el momento en que se trasladó a París. Allí publicó, en 1741, «La pata de gato», un cuento de hadas, y en 1742, un segundo cuento titulado «Los mil y un disparates». Su primer éxito llegaría en 1762 con *Olivier,* seguido en 1771 por otro romance, «Lord impromptu», relato breve inglés que pertenece al género íntimo y brinda detalles rebosantes de interés. Pero su obra más célebre es la nouvelle *El diablo enamorado*, publicada en 1772, considerada como la obra precursora, o incluso inaugural, del género de literatura fantástica.

Murió el 25 de setiembre de 1792.

*El diablo enamorado*
Jacques Cazotte

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

# Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

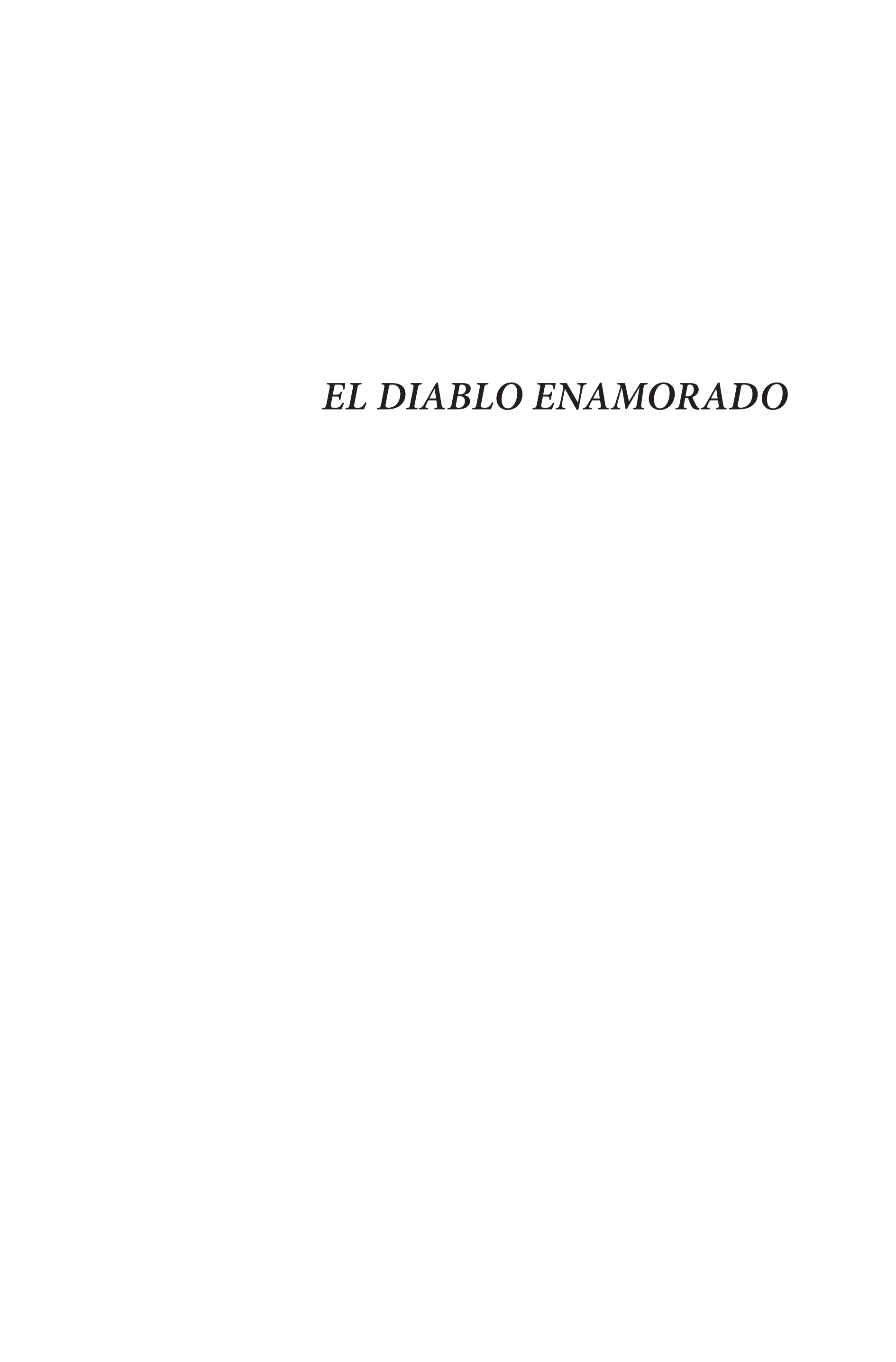
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



# *EL DIABLO ENAMORADO*

# I

A los veinticinco años, yo era capitán de los guardias del rey de Nápoles. Llevábamos una vida de camaradería y, como jóvenes que éramos, nos dedicábamos a las mujeres y al juego en la medida en que lo permitía nuestra bolsa, y filosofábamos en los cuarteles cuando no nos quedaba otro recurso. Una noche después de habernos agotado en razonamientos de toda índole alrededor de un pequeño frasco de vino de Chipre y algunas castañas secas, la conversación recayó sobre la cábala y los cabalistas.

Uno de nosotros pretendía que era una ciencia real y cuyas operaciones eran seguras; cuatro de los más jóvenes sostenían que era un montón de absurdos, una fuente de picardías propias para engañar a las gentes crédulas y divertir a los niños. El mayor de todos nosotros, de origen flamenco, fumaba una pipa con aire distraído y no decía palabra. Su aspecto frío y su distracción me servían de espectáculo a través de aquel discordante guirigay que nos aturdía y me impedía tomar parte en una charla demasiado desordenada como para que pudiese interesarme.

Estábamos en el cuarto del fumador; la noche avanzaba. La tertulia se disolvió y nos quedamos solos nuestro hombre y yo. Continuó fumando flemáticamente; yo me quedé apoyado con los codos sobre la mesa, sin decir nada. Finalmente, fue él quien rompió el silencio.

—Joven —me dijo—, acabas de oír mucho ruido. ¿Por qué te has mantenido al margen de la barahúnda?

—Prefiero callarme —le respondí— antes que aprobar o censurar algo que no conozco. Ni siquiera sé lo que quiere decir la palabra «cábala».

—Tiene varios significados —me dijo—, pero no se trata de ellos, sino de la cosa en sí. ¿Crees que pueda existir una ciencia que enseñe a transformar los metales y a reducir a los espíritus bajo tu obediencia?

—Nada conozco de los espíritus, comenzando por el mío, salvo que estoy seguro de su existencia. En cuanto a los metales, sé el valor de un carlín en el juego, en la posada y en otros lugares, y nada puedo afirmar ni negar acerca de la esencia de unos y otros, de las modificaciones e impresiones de que son susceptibles.

—Mi joven amigo, mucho me complace tu ignorancia; es tan valiosa como la doctrina de los demás: al menos no vives en el error y, si bien no estás instruido, eres susceptible de estarlo. Tú tan natural, la franqueza de tu carácter, la rectitud de tu espíritu, me agradan. Sé algo más que el común de los mortales; júrame el mayor secreto empeñando tu palabra de honor, promete conducirte con prudencia y serás mi discípulo.

—El ofrecimiento que me haces, mi querido Soberano, me resulta muy agradable. La curiosidad es mi pasión más fuerte. Te confesaré que, por naturaleza, me han despertado poco interés los conocimientos ordinarios; siempre me han parecido demasiado limitados, y he adivinado esa esfera elevada a la que quieres ayudarme a subir. Pero ¿cuál es la primera clave de la ciencia a la cual te refieres? Según lo que decían nuestros compañeros en la discusión, son los propios espíritus quienes nos instruyen. ¿Es posible relacionarse con ellos?

—Tú lo has dicho, Alvaro: nada aprenderíamos por nosotros mismos. En cuanto a la posibilidad de nuestras relaciones con ellos, voy a darte una prueba que no admite réplica.

Mientras decía estas palabras, daba fin a su pipa. La golpea tres veces para hacer salir un poco de ceniza que quedaba en el fondo, la coloca sobre la mesa, bastante cerca de mí, y alza la voz, diciendo: «Calderón, ven a buscar mi pipa, enciéndemela y tráemela de nuevo».

Apenas terminaba el mandato cuando vi desaparecer la pipa; y, antes de que hubiese podido razonar sobre los medios, ni preguntar quién era ese Calderón encargado de sus órdenes, la pipa encendida había regresado y mi interlocutor había reemprendido su ocupación.

Continuó en ella por algún tiempo, menos para saborear el tabaco que para disfrutar de la sorpresa que me ocasionaba. Luego, levantándose, dijo: «Entro de guardia al amanecer; debo descansar. Acuéstate; sé prudente y volveremos a vernos». Me retiré lleno de curiosidad y hambriento de las ideas nuevas que muy pronto colmarían mi espíritu con la ayuda del Soberano. Lo vi al otro día, y los siguientes: no tuve otra pasión; me convertí en su sombra.

Le hacía mil preguntas; él eludía unas y respondía a otras con un tono de oráculo. Finalmente, lo urgí sobre el

asunto de la religión de sus iguales. «Es —me respondió— la religión natural».

Entramos en algunos detalles. Sus decisiones cuadraban mejor con mis inclinaciones que con mis principios, pero quería llegar a mi objetivo y no debía contrariarlo.

«Mandas a los espíritus —Le decía—. Quiero, al igual que tú, tener trato con ellos. Lo quiero. ¡Lo quiero!

—Eres impulsivo, compañero. Aún no has superado tu tiempo de prueba; no has satisfecho ninguna de las condiciones bajo las cuales se puede abordar sin temor esa sublime categoría.

—¿Y me falta mucho tiempo?

—Quizá dos años.

—Abandono este proyecto —exclamé—. Moriría de impaciencia en el intervalo. Eres cruel, Soberano. No puedes concebir la violencia del deseo que has creado en mí: me quema…

—Joven, te creía más prudente, me haces temblar, por ti y por mí. ¿Te expondrías acaso a evocar a los espíritus sin ninguna de las preparaciones…?

—¿Y qué podría sucederme?

—No digo que necesariamente te suceda algo malo. Si tienen poder sobre nosotros es porque nuestra debilidad, nuestra pusilanimidad, se lo otorga; en el fondo, hemos nacido para mandarlos.

—¡Ah! ¡Los mandaré!

—Sí, tienes un corazón ardiente. Pero si pierdes la cabeza, si te asustan hasta el punto de que…

—Si basta con no temerlos, no les será fácil asustarme.

—¿Y si vieras al Diablo?

—Le tiraría de las orejas al gran Diablo del infierno.

—¡Bravo! Si estás tan seguro de ti, puedes arriesgarte, y te prometo mi asistencia. El viernes próximo te invito a cenar con dos de los nuestros. Llevaremos a cabo la aventura».

# II

Estábamos todavía a martes: nunca cita galante fue esperada con tanta impaciencia. El plazo se cumple por fin; encuentro en casa de mi camarada a dos hombres de una fisonomía poco obsequiosa: cenamos. La conversación gira en torno a cosas indiferentes.

Después de cenar, proponen un paseo a pie hasta las ruinas de Portici. Nos ponemos en marcha. Llegamos. Esos restos de los monumentos más augustos derrumbados, rotos, dispersos, cubiertos de abrojos, despiertan en mi imaginación ideas que no me eran usuales. «He aquí —me dije— el poder del tiempo sobre las obras del orgullo y de la industria de los hombres». Avanzamos entre las minas y, finalmente, arribamos casi a tientas, a través de esos restos, a un lugar tan oscuro que ninguna luz exterior podía penetrar en él.

Mi camarada me llevaba del brazo; deja de caminar, y yo me detengo. Entonces alguien de la compañía golpea un pedernal y enciende una vela. La estancia donde nos encontrábamos se ilumina, aunque

débilmente, y descubro que estamos bajo una bóveda bastante bien conservada, de veinticinco pies cuadrados aproximadamente, y con cuatro salidas.

Guardábamos el más completo silencio. Mi camarada, con una caña que había utilizado como bastón durante la marcha, traza un círculo alrededor suyo sobre la fina arena que cubría el terreno, y sale de él después de haber dibujado en el suelo algunos caracteres.

—Entra en este pentáculo, amigo mío —me dice—, y no salgas hasta haber recibido buenas señales.

—Explícate mejor: ¿tras qué señales debo salir?

—Cuando todo se haya sometido; pero antes de ello, si el miedo te hiciese dar un paso en falso, podrías correr los mayores riesgos.

Me da entonces una fórmula de evocación corta, perentoria, mezclada con algunas palabras que nunca olvidaré.

—Recita —me dice— este conjuro con firmeza y llama a continuación claramente, por tres veces, a Belcebú, y sobre todo no olvides lo que has prometido hacer.

Recordé que me había jactado de que le tiraría de las orejas.

—Mantendré mi palabra —Le digo, esperando no verme desmentido por los hechos.

—Te deseamos mucho éxito —me dice—. Cuando hayas terminado, avísanos. Estás exactamente enfrente de la puerta por la que debes salir para reunirte con nosotros. —Se retiran.

Ningún fanfarrón se encontró nunca en crisis tan delicada. Estuve a punto de llamarlos, pero eso me habría avergonzado demasiado; por otra parte, significaba renunciar a todas mis esperanzas. Me mantuve firme en el lugar donde estaba y reflexioné por un instante.

«Han querido asustarme —me dije—. Quieren ver si soy pusilánime. Quienes me ponen a prueba están a dos pasos de aquí, y después de la evocación debo

esperar alguna tentativa de su parte para aterrorizarme. Tengámonos firmes; volvamos la burla contra los malos bromistas».

La deliberación fue bastante corta, aunque un poco turbada por el canto de los búhos y los autillos que habitaban los alrededores e incluso el interior de la caverna.

Algo tranquilizado por estas reflexiones, me siento y relajo mis piernas. Luego, pronuncio la evocación con voz clara y firme, y, aumentando el sonido, llamo tres veces y a intervalos muy breves: «¡Belcebú!».

Un temblor recorría todas mis venas y los cabellos se erizaban en mi cabeza.

Apenas hube terminado, una ventana de dos batientes se abre frente a mí, en lo alto de la bóveda: un torrente de luz más deslumbrante que la del día prorrumpe por esa abertura; una cabeza de camello, horrible tanto por su tamaño como por su forma, aparece en la ventana; tenía, sobre todo, unas orejas desmesuradas. El odioso fantasma abre la boca y, con un tono acorde con el resto de la aparición, me responde: «¿*Che vuoi?*».

Todas las bóvedas, todas las cavernas de los alrededores resonaron a porfía con el terrible ¿*Che vuoi*?

No sabría describir mi situación; no sabría decir quién sostuvo mi coraje y me impidió caer desfallecido ante la visión de semejante cuadro, ante el ruido más espantoso que aún retumbaba en mis oídos.

Un sudor frío iba a disipar mis fuerzas: hice un supremo esfuerzo para recobrarlas.

El alma humana debe ser muy vasta y tener un prodigioso mecanismo: una multitud de sentimientos, ideas y reflexiones se agolpan en mi corazón, pasan a mi espíritu y me impresionan al mismo tiempo.

El giro anímico se produce: logro dominar el terror. Me encaro intrépidamente con el espectro.

«¿Qué pretendes, temerario, al mostrarte, bajo esa forma repelente?».

El fantasma vacila por un momento.

—Tú me has llamado —dice con un tono de voz más bajo.

—¿El esclavo —le digo— intenta asustar a su amo? Si vienes a recibir mis órdenes, adopta una forma conveniente y un tono sumiso.

—Amo —me dice el fantasma—, ¿bajo qué forma debo presentarme para resultarte agradable?

La primera idea que, me vino a la cabeza fue la de un perro:

—Ven —le dije— bajo el aspecto de un perro de aguas.

Apenas había formulado esta orden cuando el espantoso camello alarga el cuello de dieciséis pies de longitud, baja la cabeza hasta el centro de la sala y vomita un perro de aguas blanco, de pelo sedoso, fino y brillante, con las orejas colgándole, hasta el suelo.

La ventana se ha vuelto a cerrar, cualquier otra visión ha desaparecido y nos quedamos bajo la bóveda, suficientemente iluminada, más que el perro y yo.

Giraba alrededor del círculo moviendo la cola haciéndome fiestas.

—Amo —me dice—, quisiera lamerle la punta de los pies, pero el círculo temible que le rodea me rechaza.

Mi confianza se había transformado en audacia: salgo del círculo, estiro el pie, el perro me lo lame; hago un gesto para tirarle de las orejas, se tiende él sobre el lomo como para pedirme perdón; vi entonces que se trataba de una hembra.

—Levántate —le digo—, te perdono. Ves que he venido acompañado; los señores esperan a cierta distancia de aquí; el paseo ha debido fatigarlos y quiero darles otra colación: necesito frutas, conservas, helados, vinos de Grecia, ¿entiendes? Ilumina y adorna la sala sin ostentación, pero con decoro. Hacia el final de la colación te presentarás como un virtuoso de primera fila y traerás un arpa contigo; yo te avisaré cuándo debes aparecer. Cuida de desempeñar bien tu papel, pon expresión en tu canto, decencia, discreción en tu actitud…

—Obedeceré, amo, pero ¿bajo qué condición?

—Bajo la de obedecer, esclavo. Obedece sin réplica o…

—No me conoces, amo; me trataría con menos rigor. La única condición que pondría sería, quizá, templar su cólera y complacerlo.

Apenas había dicho el perro estas palabras cuando, girando sobre sus talones, veo mis órdenes ejecutarse con más justeza que el cambio de un decorado en la Ópera. Las paredes de la bóveda, hasta entonces negras, húmedas y cubiertas de musgo, adquirían un color suave, formas agradables; estábamos ahora en mi salón de mármol jaspeado. La arquitectura presentaba una cintra sostenida por columnas. Ocho candelabros de cristal, cada uno con tres velas, difundían una luz viva, distribuida por igual.

## III

Un momento después, quedan listos la mesa y el ambigú, cargados con todos los elementos de nuestro festín; las frutas y los dulces eran de la especie más rara, más sabrosa y de más hermosa apariencia. La porcelana empleada en el servicio y en el ambigú era del Japón. La perrita daba mil vueltas por la sala, haciéndome mil carantoñas, como para acelerar el trabajo y preguntarme si estaba satisfecho.

—Muy bien, Biondetta —le dije—; ponte una librea y ve a decir a esos señores que están cerca de aquí que los espero y que están servidos.

Apenas había vuelto la mirada cuando veo salir a un paje con mi librea pulcramente vestido, llevando una antorcha encendida; poco después volvía, guiando a mi camarada el flamenco y a sus dos amigos.

Preparados a algo extraordinario por la llegada y los cumplidos del paje, no lo estaban al cambio que se había producido en el lugar donde me habían dejado.

Si no hubiese tenido la cabeza ocupada, me habría divertido más aún con su sorpresa, que estalló en sus gritos y se manifestó en la alteración de sus rasgos y en sus actitudes. «Señores —les dije—, han hecho un largo camino por mi causa y aún les queda un buen trecho para regresar a Nápoles. He pensado que este pequeño festín no les desagradaría y que sabría disculpar la escasa selección y la falta de abundancia, dado que se trata de una improvisación».

Mi soltura los desconcertó más aún que el cambio del escenario y la vista de la elegante colación a que se veían invitados. Me apercibí de ello y, resuelto a terminar rápidamente una aventura de la que en mi interior desconfiaba, quise sacar todo el partido posible, forzando incluso la alegría que forma el fondo de mi carácter.

Los invité a sentarse a la mesa; el paje acercó los asientos con una prontitud maravillosa. Estábamos sentados; llené los vasos, repartí la fruta; mi boca era la única que se abría para hablar y comer: los demás permanecían boquiabiertos; sin embargo, los animé a probar las frutas, y mi confianza los decidió a ello. Bebo a la salud de la cortesana más bonita de Nápoles; bebemos

por ella. Hablo de una nueva ópera, de una *improvisatrice* romana recientemente llegada y cuyo talento da que hablar en la corte.

Insisto en los talentos agradables, la música, la escultura y, de paso, obtengo su aprobación sobre la belleza de algunos mármoles que adornan el salón. Una botella se vacía y otra mejor la sustituye. El paje se multiplica y el servicio no languidece un solo instante. Me fijo en él a hurtadillas: imagínate al Amor vestido de paje; mis compañeros de aventura, por su parte, lo miraban de reojo con una cara en la que se pintaban la sorpresa, el placer y la inquietud. La monotonía de esta situación me desagradó; vi que había llegado el momento de romperla.

—Biondetto —dije al paje—, la *signora* Fiorentina me ha prometido concederme un instante; mira a ver si ha llegado. —Biondetto sale de la pieza.

Mis huéspedes no habían tenido aún el tiempo necesario para extrañarse ante la extravagancia del mensaje, cuando se abre una puerta del salón y Fiorentina entra con su arpa; llevaba un vestido modesto, un

sombrero de viaje y un velo muy claro frente a los ojos; coloca el arpa a su lado, saluda con soltura, con gracia:

—Señor don Alvaro —dice—, ignoraba que estuviera acompañado; no me habría presentado vestida de esta guisa; los señores tengan a bien disculpar a una viajera.

Se sienta, y a porfía le ofrecemos los restos de nuestro pequeño festín, que ella prueba complaciente.

—¡Cómo, señora! —le digo—, ¿no hace más que pasar por Nápoles? ¿No sería posible hacerla permanecer aquí?

—Un compromiso previo me obliga, señor; tuvieron muchas atenciones conmigo en Venecia, en el carnaval pasado me hicieron prometer que volvería, y he recibido incluso un adelanto por mi actuación; de no ser así, no habría podido negarme a las ventajas que me ofrece aquí la corte y a la esperanza de merecer los aplausos de la nobleza napolitana, distinguida por su buen gusto por encima de toda la del resto de Italia.

Los dos napolitanos se inclinan para responder al elogio, estupefactos ante la realidad de la escena hasta el punto de frotarse los ojos. Invité a la virtuosa

a hacernos escuchar una muestra de su talento. Estaba resfriada, fatigada; temía, con justicia, disminuir en nuestra opinión. Finalmente, se decidió a interpretar un recitativo *obligado* y una arieta patética que clausuraban el tercer acto de la ópera en que iba a debutar.

Toma su arpa, preludia con una mano larga, bien torneada, a la vez blanca y púrpura, de dedos insensiblemente redondeados en la punta y uñas de forma y gracia inconcebibles. Estábamos sorprendidos; creíamos asistir al más delicioso de los conciertos. La dama canta. No hay voz, ni alma, ni expresión como la suya: no se puede dar más esforzándose menos. Yo estaba emocionado hasta el fondo de mi corazón, y olvidé casi que era el creador del hechizo que me encantaba.

La cantante me dirigía las tiernas expresiones de su recitado y de su canto. El fuego de sus miradas, atravesaba el velo; tenía una intensidad y una dulzura inconcebibles; esos ojos no me eran desconocidos. Finalmente, reuniendo los rasgos que el velo me dejaba percibir, reconocí en Fiorentina al bribón de Biondetto, pero la elegancia, los atractivos del talle se hacían notar mucho más bajo la indumentaria de mujer que bajo el hábito de paje.

Cuando la cantatriz hubo terminado de cantar, le dispensamos justas alabanzas. Quise comprometerla a interpretarnos una arieta alegre para permitirnos admirar la diversidad de sus talentos.

—No —respondió—; mal podría ejecutarla en la disposición de ánimo en que me encuentro; por lo demás, debe haber advertido el esfuerzo que he hecho por complacerte. Mi voz se resiente del viaje, está empañada. Ya sabes que parto esta noche. Me ha traído hasta aquí un cochero de alquiler y dependo de él; te pido que aceptes mis disculpas y me permitas retirarme. —Dicho esto, se levanta, quiere coger el arpa. Se lo impido y, después de haberla acompañado hasta la puerta por donde había entrado, vuelvo junto a mis compañeros.

Tenía que haber inspirado alegría, y veía temor en las miradas. Recurrí al vino de Chipre; lo había encontrado delicioso; me había devuelto las fuerzas, la presencia de espíritu; doblé la dosis. Como el tiempo pasaba, dije a mi paje que había vuelto a ocupar su puesto detrás de mi asiento que hiciese preparar mi carruaje. Biondetto sale inmediatamente, va a cumplir mis órdenes.

—¿Tienes aquí carruaje? —Me dice Soberano.

—Sí —le respondo—, me hice seguir e imaginé que, si tu partida se prolongaba, no te opondrías a un regreso cómodo. Bebamos otra copa. No corremos el riesgo de dar pasos en falso por el camino.

No había acabado la frase cuando el paje regresa, seguido de dos corpulentos lacayos, soberbiamente vestidos con mi librea.

—Señor don Alvaro —me dice Biondetto—, no he podido acercar hasta aquí tu coche; está más allá, pero cerca de las ruinas que rodean estos lugares. —Nos levantamos; Biondetto y los lacayos nos preceden; nos ponemos en marcha.

Como no podíamos caminar los cuatro en una misma línea entre basas y columnas rotas, Soberano, que se encontraba a mi lado, me estrechó la mano.

—Nos has dado un buen festín, amigo; les costará caro.

—Amigo —repliqué—, me satisface mucho que les haya gustado; cueste lo que deba costarme.

Llegamos al carruaje: encontramos otros dos lacayos, un cochero, un postillón, un coche de campo a mis órdenes con todas las comodidades deseables. Le hago los honores y, velozmente, tomamos el camino de Nápoles.

## IV

Durante algún tiempo guardamos silencio. Finalmente, uno de los amigos de Soberano lo rompe. «No les pido su secreto, Alvaro, pero me consta que has tenido que llegar a tratos singulares. Nadie fue servido nunca como tú y, en cuarenta años de trabajo, no he obtenido ni la cuarta parte de los favores que te han sido concedidos a ti en una sola noche. No hablo de la más celestial visión que pueda tenerse cuando afligimos nuestros ojos más a menudo que los alegramos. En fin, tú conoces sus asuntos, eres joven: a su edad se desea demasiado para dar tiempo a la reflexión y se buscan con prisa los placeres».

Bernadillo, tal era el nombre de este hombre, se escuchaba al hablar y me daba tiempo para pensar en la respuesta.

—Ignoro —le repliqué— por qué causa he podido ganarme favores distinguidos; auguro que serán muy cortos, y mi consuelo consistirá en haberlos compartido todos con buenos amigos.

Vieron que mantenía mis reservas, y la conversación decayó.

Sin embargo, el silencio trajo consigo la reflexión: recordé cuanto había hecho y visto; comparé los discursos de Soberano y de Bernadillo, y concluí que acababa de salir del peor paso en que una vana curiosidad y la temeridad hubiesen puesto nunca a un hombre de mi clase. No carecía de instrucción; había sido educado hasta los trece años bajo la mirada de don Bernardo Maravillas, mi padre, gentilhombre sin tacha, y por doña Mencía, mi madre, la mujer más religiosa, más respetable de toda Extremadura. «¡Ah, madre mía! —me decía yo—, ¿qué pensarías de tu hijo si lo hubieses visto, si lo vieses todavía? Pero esto no durará, me lo prometo».

Entre tanto, el carruaje llegaba a Nápoles. Dejé en sus respectivas casas a los amigos de Soberano. Él y yo regresamos a nuestro acuartelamiento. El brillo del coche deslumbró no poco a la guardia, a la que pasamos revista, pero las gracias de Biondetto, que ocupaba la parte delantera de la carroza, impresionaron aún más a los espectadores.

El paje despide el carruaje y a la servidumbre, toma una antorcha de mano de los lacayos y atraviesa los cuarteles para llevarme a mis habitaciones. Mi ayuda de cámara, aún más sorprendido que los otros, quería hablar para pedirme explicaciones acerca de mi nuevo tren de vida. «Basta por hoy, Carlo —le dije, entrando en mi cuarto—, no te necesito. Ve a descansar, te hablaré mañana».

Estamos solos en mi alcoba, y Biondetto ha cerrado la puerta tras de nosotros; mi situación era menos embarazosa en medio de la compañía que acababa de abandonar y del tumultuoso lugar que acababa de atravesar. Con ánimo de terminar la aventura, me concentré por un instante. Dirijo la mirada al paje, que mantiene la suya fija en el suelo; un rubor le asoma sensiblemente por el rostro: su actitud revela embarazo y mucha emoción; finalmente tomo la iniciativa de hablarle.

—Biondetto, me has servido bien, y lo has hecho poniendo tu mejor voluntad en ello; pero, como te había pagado por adelantado, imagino que estamos en paz.

—Don Alvaro es demasiado noble como para creer que ha podido pagar ese precio.

—Si has hecho más de lo que me debías, sí estoy en deuda contigo, dame tu cuenta; pero no respondo de pagarte inmediatamente: he gastado ya mi último sueldo, debo en el juego, en la posada, al sastre…

—Tus bromas están fuera de lugar.

—Si dejo de hablar en broma, será para rogarte que te retires, pues es tarde y debo acostarme.

—¿Y tendrías la descortesía de echarme a la hora que es? No esperaba semejante trato de parte de un caballero español. Tus amigos saben que he venido aquí; tus soldados, tus hombres me han visto y han adivinado mi sexo. Si yo fuese una vil cortesana, no dejarías de tener alguna consideración hacia el decoro de mi estado; pero tu proceder conmigo es infamante, ignominioso: cualquier mujer en mi situación se sentiría humillada.

—¿Así que ahora te gusta ser mujer para ser objeto de atenciones? Pues bien, para evitar el escándalo de tu

partida, ten contigo misma la deferencia de salir por el agujero de la cerradura.

—¡Cómo! En serio, sin saber quién soy…

—¿Puedo, acaso, ignorarlo?

—Lo ignoras, te digo, no escuchas más que tus prevenciones; pero, quienquiera que sea, estoy a tus pies, con las lágrimas en los ojos, implorándote a título de deudor. Una imprudencia mayor que la tuya, excusable quizá, puesto que tú eres su objeto, me ha hecho hoy desafiarlo todo, sacrificarlo todo para obedecerte, entregarme a ti y seguirte. He levantado contra mí las pasiones más crueles, más implacables; no me queda más protección que la tuya, más asilo que tu alcoba. ¿Va a cerrarme su puerta, Alvaro? ¿Se dirá, acaso, que un caballero español haya tratado con tal rigor, con semejante indignidad a alguien que ha sacrificado por él un alma sensible, a un ser débil, desprovisto de cualquier otra ayuda que no sea la suya, en una palabra, a una persona de mi sexo?

Retrocedía yo tanto como me era posible, para salir de aquella embarazosa situación; pero ella se abrazaba a

mis rodillas y me seguía, moviendo las suyas; finalmente, quedé pegado contra la pared. «Levántate —le dije—; sin pensarlo, acabas de recordarme un juramento.

Cuando mi madre me dio mi primera espada, me hizo jurar sobre su guarda que serviría toda mi vida a las mujeres y que no ofendería a ninguna.

Cuando pienso en qué ha parado hoy aquel juramento…

—Pues bien, cruel, a cualquier título que sea, permíteme que me quede en tu alcoba.

—Lo acepto por lo raro del caso y para llevar al colmo lo insólito de mi aventura. Arréglatelas de manera que ni te vea ni te oiga; a la primera palabra, al primer movimiento capaces de inquietarme, aumento el sonido de mi voz para preguntarte a mi vez: «¿*Che vuoi*?».

Le doy la espalda y me acerco a la cama para desvestirme. «¿Puedo ayudarte?», me dice. «No, soy militar y me sirvo a mí mismo». Me acuesto.

## V

A través de la gasa de mi cortina, veo cómo el supuesto paje extiende en un rincón de mi dormitorio una estera usada que ha encontrado en un armario, se sienta encima, se desviste por completo, se envuelve en una de mis mantas, que estaba sobre una silla, apaga la luz, y la escena termina allí por el momento; pero pronto volvió a empezar en mi cama, donde yo no podía conciliar el sueño.

Parecía como si el retrato del paje estuviese pegado al techo de la cama y a las cuatro columnas; no veía otra cosa. Me esforzaba en vano por vincular ese objeto maravilloso con la idea del horrible fantasma que había visto; la primera aparición servía para realzar los encantos de la última.

Aquel canto melodioso que había oído bajo la bóveda, aquel sonido encantador de voz, aquellas palabras que parecían surgir del corazón retumbaban aún en el mío y producían en él un estremecimiento singular.

«¡Ah, Biondetta —me decía a mí mismo—, si no fueses un ser fantástico, si no fueses aquel espantoso dromedario! Pero ¿por qué impulso me dejé llevar? He vencido el miedo; extirpemos un sentimiento más peligroso. ¿Qué ternura puedo esperar de ella? ¿Renunciaría, acaso, a su origen? El fuego de sus miradas tan conmovedoras, tan dulces, es un cruel veneno. Esa boca tan bien formada, tan coloreada, tan fresca y en apariencia tan ingenua no se abre más que para engaños e imposturas. Ese corazón, si lo fuese, no se encendería sino para una traición». Mientras me abandonaba a las reflexiones ocasionadas por los diversos impulsos que me agitaban, la luna, llegada a lo alto del hemisferio y en un cielo sin nubes, flechaba mi alcoba con sus rayos a través de tres grandes ventanas.

Yo hacía movimientos prodigiosos en mi cama, que no era nueva: la madera se separa, y las tres tablas que sostenían mi colchón se desploman estrepitosamente. Biondetta se levanta, corre hacia mí, aterrorizada. «Don Alvaro, ¿qué desgracia acaba de sucederle?».

Como no la perdía de vista, a pesar de mi accidente, la vi levantarse, acudir a mi lado; llevaba una camisa de

paje y, al pasar, la luz de la luna iluminó sus muslos, que, aún parecieron más hermosos con el reflejo.

Muy poco afectado por el mal estado de mi cama, que solo me exponía a dormir con un poco más de incomodidad, me afectó mucho más el encontrarme entre los brazos de Biondetta.

—No me ha sucedido nada —le dije—, retírate. Corres por las baldosas sin zapatillas, vas a resfriarte; retírate…

—Pero estás en una posición incómoda.

—Sí, en la que tú ahora me colocas; retírate o, puesto que quieres acostarte en mi cama y a mi lado, te ordenaré ir a dormir a la tela de araña que hay en ese rincón de mi dormitorio. —No esperó al final de la amenaza y se fue a acostar sobre su estera, sollozando muy quedo.

La noche se acaba y la fatiga se apodera de mí, proporcionándome algunos momentos de sueño. Cuando me desperté, ya era de día. Adivinen la dirección que tomaron mis primeras miradas: busqué a mi paje con los ojos.

Estaba sentado, completamente vestido a excepción de su jubón, en un pequeño taburete; sus cabellos caían sueltos hasta el suelo, cubriéndole de bucles flotantes y naturales la espalda y los hombros, e incluso toda la cara.

No sabiendo qué hacer, se desenredaba la cabellera con los dedos. Jamás peine de un marfil tan hermoso paseó por floresta tan tupida de cabellos color rubio ceniza; su fineza igualaba todas sus otras perfecciones. Un pequeño movimiento que hice le anunció mi despertar, y entonces separó con sus dedos los bucles que le ocultaban la cara.

Imagínense la aurora primaveral surgiendo de entre los vapores de la mañana con su rocío, su frescor y todos sus perfumes.

—Biondetta —le digo—, coge un peine; hay uno en el cajón de ese escritorio.

Obedece. Muy pronto, con ayuda de una cinta, su pelo queda atado sobre la cabeza con tanta habilidad como elegancia. Coge su jubón, remata su aderezo y se sienta sobre su asiento con un aspecto tímido, apurado, inquieto, que inspiraba una viva compasión.

«Si es preciso —me dije a mí mismo— que vea a lo largo del día mil escenas a cuál más picante, seguramente no resistiré; provoquemos el desenlace, si es posible».

Le dirijo la palabra:

—Ya es de día, Biondetta. Hemos cumplido con las debidas conveniencias; puedes salir de la alcoba sin temor al ridículo.

—Estoy ahora —me responde— por encima de ese temor; pero sus intereses y los míos me inspiran otro mucho más fundado: no permiten que nos separemos.

—Explícate —Le digo.

—Voy a hacerlo, Alvaro. Tu juventud, tu imprudencia, te cierran los ojos ante los peligros que hemos congregado en torno nuestro. Apenas te vi bajo la bóveda, cuando aquella actitud heroica frente a la más horrible aparición decidió mis inclinaciones. Si para lograr la felicidad, me dije a mí misma, debo unirme a un mortal, tomemos un cuerpo: ha llegado la hora. Este es el héroe digno de mí. Indígnense los despreciables rivales que por él sacrifico; véame yo expuesta a su resentimiento, a su

venganza; ¿qué me importa? Amada por Alvaro, unida a Alvaro, ellos y la naturaleza se nos someterán. Lo que siguió tú lo has visto; estas son las consecuencias. La envidia, los celos, el desprecio, la cólera me preparan los castigos más crueles a que pueda verse sometido un ser de mi especie, degradado por propia elección; tan solo tú puedes protegerme. Apenas ha amanecido y ya los delatores se han puesto en camino para denunciarte como nigromante a ese tribunal que tú conoces. Dentro de una hora…

—Detente —exclamé—; poniéndome, los puños cerrados en los ojos, eres el más hábil, el más insigne de los falsarios. Hablas de amor, presentas su imagen, envenenas su idea; te prohíbo decir una palabra más. Deja que me calme lo suficiente, si soy capaz para poder tomar una resolución. Si debo caer en manos del tribunal, no vacilo por el momento entre tú y él, pero si me ayudas a largarme de aquí, ¿a qué me comprometeré con ello? ¿Puedo separarme de ti cuando quiera? Te conmino a que me respondas con claridad y precisión.

—Para separarte de mí, Alvaro, bastará con un acto de tu voluntad. Lamento, incluso, que mi sumisión

sea forzada. Si más tarde no agradeces mi celo, serás imprudente, ingrato…

—Nada creo, salvo que debo partir. Voy a despertar a mi ayuda de cámara. Tengo que conseguir dinero, ir a la posta. Me dirigiré a Venecia a ver a Bentinelli, banquero de mi madre.

—¿Necesitas dinero? Afortunadamente, he tomado mis precauciones; tengo a tu disposición…

—Guárdatelo. Si fueses una mujer, al aceptarlo cometería una bajeza.

—No es mi regalo, sino un préstamo, lo que te propongo. Dame un poder para actuar ante tu banquero; hacer un balance de lo que debes aquí. Deja sobre tu escritorio una orden a Carlo para que pague. Discúlpate por carta a tu comandante, alegando un compromiso ineludible que te obliga a partir sin licencia previa. Iré a la posta, a buscarte un carruaje y caballos. Pero antes, Alvaro, obligada a separarme de ti, vuelvo a caer en todos mis temores. Di: «Espíritu que no te has unido a un cuerpo más que para mí, y solo para mí, acepto tu vasallaje y te otorgo mi protección».

Mientras me indicaba esta fórmula, se había arrojado a mis rodillas, me tenía cogida la mano, me la apretaba, me la mojaba con sus lágrimas.

Yo estaba fuera de mí, no sabiendo qué partido adoptar; le dejo que me bese la mano y balbuceo las palabras que le parecían tan importantes. Apenas he terminado, vuelve a ponerse en pie: «Soy tuya —exclama arrebatada—; podré llegar a ser la más feliz de todas las criaturas».

En un momento, se cubre con una larga capa, se cala un gran sombrero sobre los ojos y sale de mi habitación.

Quedé sumido en una especie de estupidez.

Encuentro un balance de mis deudas; pongo al pie la orden a Carlo para que las pague; cuento el dinero necesario; escribo al comandante y a uno de mis amigos más íntimos sendas cartas, que debieron encontrar particularmente extraordinarias. Ya el coche y el látigo del postillón se hacían oír en la puerta.

Biondetta, con la nariz siempre hundida en su capa, regresa y me lleva consigo.

Carlo, despertado por el ruido aparece en camisa.

—Vete —le digo— a mi escritorio; encontrarás allí mis órdenes.

Subo al carruaje. Parto.

# VI

Biondetta había entrado conmigo en el carruaje y se instaló en la parte delantera. Cuando salimos de la ciudad, se quitó el sombrero que la ocultaba. Tenía los cabellos recogidos en una redecilla carmesí; no se les veía más que la punta: eran perlas dentro de un coral. Su rostro, despojado de todo adorno, brillaba solo con sus perfecciones. Había como una transparencia en el color de su cara; no podía concebirse cómo la dulzura, el candor, la ingenuidad podían unirse al rasgo de fineza que brillaba en sus miradas. Me sorprendí haciendo, a pesar mío, estas observaciones y, juzgándolas peligrosas para mi descanso, cerré los ojos para tratar de dormir.

Mi intento no fue vano: el sueño se apoderó de mis sentidos y me ofreció las ensoñaciones más agradables, las más apropiadas para distraer a mi alma de las ideas espantosas y extravagantes que tanto la habían fatigado. Mi sueño fue, por lo demás, muy largo, y mi madre, reflexionando más tarde sobre mis aventuras, llegó a la conclusión de que semejante sopor no había sido natural. Finalmente, cuando me desperté, estaba a orillas del

canal en el que se embarca para dirigirse a Venecia. Era noche cerrada. Sentí que alguien me tiraba de la manga: era un mozo de cuadra; quería encargarse de mis bultos. No tenía ni siquiera un gorro de dormir.

Biondetta se presentó por otra portezuela para decirme que el barco que me llevaría estaba listo. Desciendo maquinalmente, entro en la falúa y vuelvo a caer en mi letargo.

¿Qué diré? Al día siguiente por la mañana me encontraba alojado en la plaza de San Marcos, en las habitaciones más hermosas de la mejor posada de Venecia. Las conocía; las reconocí inmediatamente. Veo ropa blanca, una bata bastante rica junto a la cama. Sospeché que podía ser una atención del huésped a cuya casa había llegado desprovisto de todo.

Me levanto y miro si soy el único ser vivo que había en el cuarto; buscaba a Biondetta. Avergonzado de ese primer impulso, di gracias a mi buena suerte. «Ese espíritu y yo no somos, pues, inseparables; me he librado de él y, después de mi imprudencia, si no pierdo más que mi empleo en la guardia, debo considerarme muy feliz. Valor, Alvaro —continué—; hay otras cortes, otros

soberanos además del de Nápoles. Esto debe corregirte, si es que no eres incorregible, y así te portarás mejor. Si tus servicios son rechazados, una madre tierna, Extremadura y un patrimonio honesto te tienden los brazos. Pero ¿qué querría de ti ese diablillo que no te ha abandonado en veinticuatro horas? ¡Había tomado una apariencia muy seductora! Me dio dinero, quiero devolvérselo…». No había terminado de hablar cuando veo llegar a mi acreedor; me traía dos criados y dos gondoleros.

—Debes ser servido hasta que llegue Carlo —dice—. Me han respondido en la posada de la inteligencia y fidelidad de estos, y estos otros son los más audaces patrones de la república.

—Me doy por satisfecho con tu elección, Biondetta —Le digo—. ¿Estás alojado aquí?

—He tomado —me responde el paje con los ojos bajos—, en las propias habitaciones de su excelencia, la pieza más alejada de la que ocupas, a fin de causarle la menor molestia posible.

Encontré tacto y delicadeza en esa atención de poner espacio entre ella y yo. Se lo agradecí por añadidura.

«En el peor de los casos —me decía a mí mismo— no podría expulsarla del aire, si decidiese quedarse allí, invisible, para obsesionarme. Al estar en un cuarto concreto podré calcular mi distancia». Contento con mis razonamientos di ligeramente mi aprobación a todo.

Quería salir para ir a ver al corresponsal de mi madre. Biondetta dio las órdenes oportunas para mi aseo y, cuando hubo terminado, me dirigí adonde tenía intención de ir.

El negociante me brindó una acogida que me sorprendió. Estaba en su banco; de lejos me acaricia con la mirada, viene hacia mí.

—Don Alvaro —me dice— no te creía aquí. Llegas muy a propósito para impedir que cometa un error; iba a enviarte dos cartas y dinero.

—¿El de mi pensión? —respondí.

—Sí —replicó—, y algo más. Aquí tienes doscientos cequíes que llegaron esta mañana. Un viejo gentilhombre a quien entregué el recibo me los dio de parte de doña Mencía. Al no recibir noticias tuyas, te creyó enfermo

y encargó a un español conocido tuyo que me los diese para hacértelo llegar.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Lo escribí en el recibo; es don Miguel Pimientos, quien dice haber sido escudero en tu casa. Como ignoraba tu llegada aquí, no le pregunté su dirección.

Cogí el dinero. Abrí las cartas: mi madre se quejaba de su salud y de mi negligencia, y ni siquiera hablaba de los cequíes que enviaba, lo que me hizo aún más sensible a sus bondades.

Tras verme con la bolsa repleta, regresé alegremente a la posada; me costó trabajo encontrar a Biondetta en la especie de habitáculo en que se había refugiado. Se llegaba a él por un pasadizo que estaba lejos de mi puerta; me aventuré al azar por allí y la vi inclinada junto a una ventana, muy ocupada en reunir y pegar los restos de un clavicordio.

«Tengo dinero —le dije— y te traigo lo que me has prestado». Enrojeció, como siempre le ocurría antes de hablar; buscó mi obligación, me la entregó, tomó la suma

y se limitó a decirme que era demasiado exacto y que hubiese deseado gozar durante más tiempo del placer de tenerme obligado.

—Pero aún estoy en deuda contigo —le dije—, puesto que has pagado las postas.

Tenía el recibo sobre la mesa. Lo pagué. Me retiraba con aparente sangre fría; me preguntó cuáles eran mis órdenes, no tenía ninguna que darle y volvió tranquilamente a su tarea, dándome la espalda. La observé durante algún tiempo; parecía muy ocupada y ponía en su trabajo tanta destreza como actividad.

Regresé a mi cuarto, a soñar. «Este es —me decía— el igual de aquel Calderón que encendía la pipa de Soberano, y, aunque tenga un aspecto muy distinguido, no es de mejor casa. Si no se vuelve exigente ni incómodo, si no tiene pretensiones, ¿por qué no guardarlo? Por otra parte, me asegura que para despedirlo basta con un acto de mi voluntad. ¿Por qué apresurarme a querer en seguida lo que puedo querer en todos los instantes del día?». Mis reflexiones se vieron interrumpidas por el anuncio de que la cena estaba servida.

Me senté a la mesa. Biondetta, con librea de gala, estaba detrás de mi asiento, atenta a prevenir mis necesidades. No tenía que darme la vuelta para verla: tres espejos dispuestos en el salón repetían todos sus movimientos. Terminada la cena, quitan la mesa; ella se retira.

Sube a mis habitaciones el posadero, a quien conocía de antes. Estábamos en carnaval; mi llegada no tenía nada de sorprendente. Me felicitó por el aumento de mi tren de vida, que suponía mi mejor estado de mi fortuna, y se deshizo en alabanzas de mi paje, el joven más guapo, más cariñoso, más inteligente, más dulce que había visto en su vida. Me preguntó si pensaba tomar parte en los placeres del carnaval; esa era mi intención. Me disfracé y subí a bordo de mi góndola.

Recorrí la plaza; fui al espectáculo, al *ridotto*. Jugué, gané cuarenta cequíes y regresé bastante tarde, luego de haber buscado disipación en todos los lugares apropiados al caso.

Mi paje, con una antorcha en la mano, me recibe al pie de la escalera, me entrega a los cuidados de un ayuda de cámara y se retira, después de haberme preguntado a qué hora ordenaba que entrasen en mi alcoba. «A la hora de

siempre», respondí sin saber lo que decía, sin pensar que nadie estaba al corriente de mis costumbres.

Me desperté tarde al día siguiente y me levanté en seguida. Dirigí por azar los ojos hacia las cartas de mi madre, que aún permanecían sobre la mesa. «¡Digna mujer! —exclamé—, ¿qué hago yo aquí? ¿Es que no voy a colocarme bajo la protección de tus sabios consejos? Iré, ¡ah!, iré, es la única decisión que puedo tomar».

Como hablaba alto, se dio cuenta de que me había despertado; entró en mi cuarto y volví a ver el escollo de mi razón. Tenía un aspecto desinteresado, modesto, sumiso, lo cual me parecía más peligroso. Me anunciaba la llegada de un sastre y telas. Hechas las compras, desapareció con él hasta la hora del almuerzo.

Comí poco y corrí a precipitarme a través del torbellino de diversiones de la ciudad.

Busqué las máscaras; escuché, hice frías bromas y rematé la noche en la ópera y, sobre todo, en el juego, hasta entonces mi pasión favorita. Gané mucho más en esta segunda sesión que en la primera.

# VII

Pasé diez días en la misma situación de corazón y espíritu y, poco más o menos, en disipaciones similares. Encontré antiguos conocidos, hice algunos nuevos. Fui presentado en las tertulias más distinguidas, admitido en las partidas de los nobles en sus casinos.

Todo habría ido bien si mi fortuna en el juego no hubiese desaparecido; pero perdí en el *ridotto*, en una noche, mil trescientos cequíes que había acumulado. Nadie jugó nunca con tan mala suerte. A las tres de la mañana me retiré desplumado, debiendo cien cequíes a unos conocidos. Mi pesadumbre estaba escrita en mis miradas y en toda mi apariencia exterior. Biondetta me pareció afectada, pero no abrió la boca.

Al día siguiente me levanté tarde. Me paseaba a largas zancadas por mi cuarto, golpeando con los pies. Me sirven, no como. Retirado el servicio, Biondetta se queda, contra su costumbre. Me mira un instante, deja escapar algunas lágrimas:

—Has perdido dinero, don Alvaro; quizá más del que puedes pagar.

—Y si así fuera, ¿dónde encontraría el remedio?

—Me ofendes; mis servicios aún te pertenecen al mismo precio; pero no irían lejos si se limitasen a hacer contraer conmigo obligaciones que tú creerías en la necesidad de satisfacer inmediatamente. Permíteme que tome asiento; estoy tan emocionada que no podría sostenerme de pie; además, tengo cosas importantes que decirte. ¿Quieres arruinarte?… ¿Por qué juegas con ese furor si no sabes jugar?

—¿No conoce todo el mundo los juegos de azar? ¿Podría enseñármelos alguien?

—Sí. Prudencia aparte, pueden enseñarse los juegos de probabilidad que tú llamas impropiamente juegos de azar. No existe el azar en el mundo; en él todo ha sido y será siempre una serie de combinaciones necesarias que solo pueden ser entendidas a través de la ciencia de los números, cuyos principios son al mismo tiempo tan abstractos y tan profundos que no pueden ser aprendidos si no se es guiado por un maestro; pero es preciso

haber sabido proporcionárselo y unirse a él. No puedo describirte este conocimiento sublime, más que por una imagen. El encadenamiento de los números forma la cadencia del universo, regala los llamados sucesos fortuitos y supuestamente determinados obligándolos mediante balancines invisibles a caer cada uno a su vez, desde lo que de importante ocurre en las esferas alejadas hasta las miserables pequeñas probabilidades que hoy te han despojado de tu dinero.

Esta perorata científica en una boca infantil, esta propuesta un poco brusca de ofrecerme un maestro, me ocasionaron un ligero temblor, un poco de aquel sudor frío que se había apoderado de mí bajo la bóveda de Portici. Miro a Biondetta, que bajaba la vista. «No quiero ningún maestro —le digo—; me da miedo aprender demasiado; pero trata de demostrarme que un gentilhombre puede saber un poco más que el juego y utilizarlo sin comprometer su carácter». Aceptó el reto y este es, en sustancia, el resumen de su demostración:

«La banca está combinada sobre la base de una ganancia exorbitante que se renueva en cada lance del juego; si no corriese riesgos, la república estaría robando

de modo manifiesto a los particulares. Pero los cálculos que podemos hacer son supuestos, y la banca gana siempre, teniendo enfrente a una persona instruida por cada diez mil incautos».

La convicción fue llevada más lejos. Me enseñó una sola combinación, muy simple en apariencia: no adiviné los principios en que se fundaba, pero esa misma noche el éxito me hizo conocer su infalibilidad.

En una palabra: siguiéndola, recuperé todo lo que había perdido, pagué mis deudas de juego y devolví, al regresar, el dinero que Biondetta me había prestado para intentar la aventura.

Tenía fondos, pero me encontraba más molesto que nunca. Mis recelos acerca de las intenciones del peligroso ser cuyos servicios había aceptado se habían renovado. Ya no sabía a ciencia cierta si podría alejarlo de mí; en todo caso, no tenía fuerzas para desearlo. Desviaba los ojos para no ver dónde estaba y lo veía en todos los lugares donde no estaba.

El juego dejó de ofrecerme una disipación atractiva. El faraón, que me gustaba apasionadamente, al no

estar sazonado por el riesgo, había perdido todo lo que de picante tenía para mí. Las mascaradas del carnaval me aburrían; los espectáculos me parecían insípidos. Aunque hubiera tenido el corazón lo suficientemente libre como para desear establecer relaciones con mujeres de alto linaje, me hallaba desanimado de antemano por la languidez, el ceremonial y la obligación del chichisbeo. Me quedaba el recurso de los casinos de los nobles, donde ya no quería jugar, y el trato con las cortesanas.

Entre las mujeres de esta última especie, había algunas más distinguidas por la elegancia de su fasto y la jovialidad de su compañía que por sus atractivos personales.

Encontraba en sus casas una libertad real de la que me gustaba gozar, una alegría ruidosa que podía aturdirme si no llegaba a agradarme, un abuso continuo de la razón que me libraba por algunos momentos de las trabas de la mía. Me mostraba galante con todas las mujeres de este género en cuyas casas era admitido, sin abrigar proyectos respecto a ninguna; pero la más célebre de ellas tenía planes respecto a mi persona que pronto se manifestaron.

La llamaban Olimpia. Tenía veintiséis años, mucha belleza, talento y gracia. Pronto me dejó percibir el gusto

que sentía por mí y, sin sentirlo yo por ella, me puse en sus manos para liberarme en cierto modo de mí mismo.

Nuestra relación comenzó bruscamente y, como no hallaba en ella muchos encantos, juzgué que terminaría de la misma manera y que Olimpia, aburrida de mis desatenciones para con ella, buscaría pronto un amante que le hiciese mayor justicia, tanto más cuanto que nuestro vínculo se basaba en la pasión más desinteresada; pero muy otra fue la decisión de nuestro planeta. Para castigar a esta mujer soberbia e impulsiva, y para sumirme en problemas de otra índole, era necesario que ella concibiese un amor desenfrenado hacia mi persona.

Ya no era dueño de regresar por la noche a mi posada y me agobiaban durante el día sus billetes, mensajes y vigilantes.

Se quejaba de mi frialdad. Sus celos, que aún no habían encontrado un objeto preciso, se volcaban en todas las mujeres que podían atraer mis miradas, y me habría exigido incluso descortesías hacia ellas si hubiese podido hacer mella en mi carácter. Me disgustaba aquel tormento perpetuo, pero había que vivir en él. De buena fe buscaba amar a Olimpia por amar algo y distraerme

del gusto peligroso que me conocía. Entre tanto, una escena más viva aún se preparaba.

En mi posada me veía sometido a secreta vigilancia por órdenes de la cortesana.

—¿Desde cuándo —me dijo un día— tienes a ese hermoso paje que tanto te interesa, a quien dispensas tantas atenciones y a quien no dejas de seguir con los ojos cuando su servicio lo llama a tus habitaciones? ¿Por qué le haces observar tan austero retiro? No se le ve nunca por Venecia.

—Mi paje —respondí— es un joven bien nacido de cuya educación me he hecho cargo. Es…

—Es traidor —replicó ella con los ojos inflamados de ira—, ¡es una mujer! Uno de mis espías lo ha visto mientras se aseaba por el agujero de la cerradura.

—Te doy mi palabra de honor de que no es una mujer.

—No añadas la mentira a la traición. Esa mujer lloraba, la han visto; no es feliz. No sabes más que atormentar los corazones que se te entregan. Has abusado de ella, como

abusas de mí, y la abandonas. Devuelve a sus padres a esa joven; y si tus prodigalidades no te permiten hacerle justicia, la obtendrá de mi parte. Le debes un destino: yo se lo daré; pero quiero que desaparezca mañana.

—Olimpia —repliqué lo más fríamente posible—, te he jurado, te lo repito y te juro otra vez que no es una mujer. Ojalá lo fuera.

—¿Qué quieren decir esas mentiras y ese «ojalá lo fuera», monstruo? Devuélvela, te digo, o… Pero tengo otros recursos; te desenmascararé y ella sí se avendrá a razones si tú no eres capaz de hacerlo.

Superado por tal torrente de injurias y de amenazas, pero simulando no estar afectado, me retiré a mi casa, aunque ya era tarde. Mi llegada pareció sorprender a mis criados y, sobre todo, a Biondetta: mostró cierta inquietud por mi salud: respondí que no estaba alterado en absoluto.

No le hablaba casi nunca desde mi relación con Olimpia y no había habido ningún cambio en su conducta para conmigo, pero sí en sus rasgos: había en el

tono general de su fisonomía un matiz de abatimiento y de melancolía.

Al día siguiente, apenas me había despertado cuando Biondetta entra en mi alcoba con una carta abierta en la mano. Me la entrega y leo:

*«Al supuesto Biondetto,*

*No sé quién eres, señora, ni qué puedes hacer en casa de don Alvaro; pero eres demasiado joven como para que no se te pueda perdonar y estás en demasiado malas manos para no despertar la compasión. Ese caballero te habrá prometido lo que promete a todo el mando, lo que aún mejora todos los días, aunque decidido a traicionarnos. Se dice que eres tan juiciosa como bella; serás capaz de recibir un buen consejo. Estás en edad, señora, de reparar el perjuicio que pudiste haber hecho; un alma sensible te ofrece los medios para ello. No vamos a discutir acerca de la fuerza del sacrificio que debe hacerse para asegurar tu descanso; debe ser proporcional a tu estado, a las perspectivas que te han hecho abandonar, a las que puedes tener para el futuro y, en consecuencia, tú misma lo arreglarás todo. Si persistes en querer ser engañada e infeliz, en hacer que otras lo*

*sean, espera de mí la mayor violencia que la desesperación puede sugerir a una rival. Aguardo tu respuesta».*

Después de haber leído esta carta, se la devolví a Biondetta.

—Responde —le dije— a esa mujer que está loca y que tú sabes mejor que yo hasta qué punto…

—¿La conoces, don Alvaro? ¿No temes nada de ella?

—Temo que me siga aburriendo. Por lo tanto, la dejo y, para librarme de ella con mayor seguridad, voy a alquilar esta misma mañana una bonita casa que me ofrecieron a orillas del Brenta.

Me vestí inmediatamente y fui a concluir la transacción. De camino pensaba en las amenazas de Olimpia. «¡Pobre loca! —me decía—, quiere matar al…». Nunca pude, sin saber por qué, pronunciar esa palabra.

En cuanto terminé el asunto, volví a casa, cené y, temiendo que la fuerza de la costumbre me condujese a casa de la cortesana, decidí no salir en todo el día.

Cojo un libro. Incapaz de concentrarme en la lectura, lo dejo. Voy a la ventana, y la multitud, la variedad de los objetos me disgusta en vez de distraerme. Me paseo a largas zancadas por todas mis habitaciones, buscando la tranquilidad del espíritu en la agitación continua del cuerpo.

# VIII

Durante este paseo indefinido, mis pasos se dirigen hacia un sombrío guardarropa donde mi gente guardaba las cosas de mi servicio que no debían encontrarse al alcance de la mano. Nunca había entrado en él. Me agrada la oscuridad del lugar. Me siento sobre un cofre y allí me quedo unos minutos. Al cabo de ese corto espacio de tiempo, oigo ruido en una pieza contigua; un rayo de luz que me da en los ojos me atrae hacia una puerta condenada: se escapaba por el agujero de la cerradura; aplico el ojo allí. Veo a Biondetta sentada frente a su clavicordio con los brazos cruzados, en la actitud de una persona entregada a profundas ensoñaciones. Rompió el silencio. «¡Biondetta! ¡Biondetta! —dice—. Me llama Biondetta. Es la primera, la única palabra cariñosa que ha salido de su boca».

Se calla y parece volver a caer en su ensoñación. Coloca finalmente las manos sobre el clavicordio que yo le había visto arreglar. Tenía delante suyo un libro cerrado sobre el atril. Preludia y canta a media voz acompañándose.

Distinguí inmediatamente que lo que cantaba no era una composición determinada. Escuchando con mayor atención, oí mi nombre, el de Olimpia.

Improvisaba en prosa sobre su supuesta situación, sobre la de su rival, que consideraba mucho más feliz que la suya y, finalmente, sobre los rigores que yo empleaba con ella y las sospechas que provocaban una desconfianza que me alejaba de la felicidad. Ella me habría guiado por el camino de la grandeza, de la fortuna y de las ciencias, y yo la habría hecho dichosa. «¡Ay! —decía—. Pero es imposible. Aunque me conociese como soy, mis débiles encantos no podrían detenerlo; otra…».

La pasión la arrebataba y las lágrimas parecían sofocarla. Se levanta, va a buscar un pañuelo, se enjuga el rostro y torna a su instrumento; quiere sentarse de nuevo y, como si la escasa altura del asiento la hubiese tenido hasta entonces en una posición demasiado molesta, coge el libro que había sobre el atril, lo pone sobre el taburete, se sienta y preludia otra vez. Pronto comprendí que la segunda escena musical no sería del mismo tipo que la primera. Reconocí el tono de una barcarola muy en boga entonces en Venecia. La repitió dos veces; después, con una voz más clara y firme, cantó la letra siguiente:

*¡Ay! ¡Cómo es mi quimera!*

*Hija del cielo y los aires,*
*por Alvaro y por la tierra*
*abandono el universo;*
*sin brillo y sin poderío,*
*me humillo hasta las cadenas;*
*y ¿cuál es mi recompensa?*
*Me desprecian y obedezco.*

*Corcel, la mano que te guía*
*se apresura a acariciarte;*
*te cautivan, te molestan,*
*pero temen lastimarte.*
*De los esfuerzos que haces*
*tú recibes los honores*

*y el mismo freno que te templa*
*no te envilece jamás.*

*Alvaro, otra te persigue*
*y me aleja de tu pecho.*
*Dime con qué atractivos*
*ha vencido tu frialdad.*
*Todos la juzgan sincera,*
*se remiten a su fe;*
*gusta, yo no puedo hacerlo:*
*para mí solo hay sospecha.*

*La cruel desconfianza*
*envenena el beneficio.*
*Me temen en mi presencia,*
*en mi ausencia me aborrecen.*

*Mis tormentos los supongo;*
*gimo, pelo sin razón;*
*si hablo, infundo respeto;*
*si me callo, es traición.*

*Amor, creaste la impostura;*
*me toman por impostor.*
*Para vengar esta injuria,*
*disipa por fin su error.*
*Que el ingrato me conozca*
*y, sea cual sea el motivo,*
*que deteste una flaqueza*
*de la que no soy objeto.*

*Mi rival es la que triunfa,*
*ella decide mi suerte*

*y me coloca a la espera*

*del destierro o de la muerte.*

*No rompas tu cadena,*

*impulsos de un pecho ansioso;*

*despertarías el odio…*

*Yo me reprimo, ¡cállense!*

El sonido de la voz, el canto, el sentido de los versos, sus giros, me sumen en un desorden que no puedo expresar. «¡Ser fantástico, peligrosa impostura! —exclamé, saliendo rápidamente del lugar en que había permanecido durante demasiado tiempo—, ¿pueden imitarse mejor los rasgos de la verdad y de la naturaleza? ¡Qué feliz me siento de no haber conocido hasta hoy el agujero de esta cerradura! ¡Cómo habría venido a embriagarme! ¡Cómo habría contribuido a engañarme a mí mismo! Salgamos de aquí. Mañana iremos a orillas del Brenta. Vamos esta misma noche».

Llamo inmediatamente a un criado y hago enviar en una góndola todo lo necesario para pasar la noche en mi nueva casa.

Me habría resultado demasiado difícil esperar la noche en la posada. Salí. Caminé, al azar. Al doblar una esquina, creí ver entrar en un café a aquel Bernadillo que acompañaba a Soberano en nuestra excursión a Portici. «¡Otro fantasma! —me dije—; me persiguen». Entré en mi góndola y recorrí toda Venecia de canal en canal.

Eran las once cuando regresé. Quise partir rumbo al Brenta y, como mis fatigados gondoleros se regaran a llevarme, me vi obligado a recurrir a otros. Llegaron y mi gente, advertida de mis intenciones, me precede en la góndola, cargada con sus propios efectos.

Biondetta me seguía.

Apenas he puesto los pies en el barco, oigo gritos que me obligan a girar el rostro.

Una persona enmascarada apuñalaba a Biondetta: «¡Me lo arrebatas! ¡Muere, muere, odiosa rival!».

# IX

La ejecución fue tan rápida que uno de los gondoleros que había quedado en la orilla no pudo impedirla. Quiso atacar al asesino golpeándole con la antorcha en los ojos, pero acudió otro enmascarado que lo rechazó con acción amenazadora y una voz de trueno en la que creí reconocer la de Bernadillo. Fuera de mí, me precipito fuera de la góndola. Los asesinos han desaparecido. Con ayuda de la antorcha veo a Biondetta pálida, bañada en su sangre, moribunda.

No sabría describir mi estado. Las demás ideas se borran. No veo más que a una mujer adorada, víctima de una prevención ridícula, sacrificada a mi vana y extravagante confianza y abrumada por mí, hasta entonces, con los más crueles ultrajes.

Corro hacia ella, pido al mismo tiempo socorro y venganza. Un cirujano, atraído por el clamor de esta aventura, se presenta. Hago transportar a la herida a mis habitaciones y, por temor a que no la cuiden lo suficiente, me encargo yo mismo de la mitad del bulto.

Cuando la desvistieron, cuando vi aquel hermoso cuerpo ensangrentado con dos enormes heridas que parecían querer atacar ambas las fuentes de la vida, dije e hice mil extravagancias.

Biondetta, presuntamente sin conocimiento, no debió oírlas; pero el posadero y su gente, un cirujano y dos médicos que habían sido llamados consideraron que era peligroso para la malherida que me dejaran a su lado. Me arrastraron fuera de la alcoba.

Mis criados me acompañaban. Pero como uno de ellos cometiera la torpeza de decirme que los facultativos habían considerado que las heridas eran mortales, me puse a gritar con todas mis fuerzas. Finalmente, cansado por mis arrebatos, caí en un abatimiento que se convirtió más tarde en sueño. Creí ver a mi madre en sueños; le contaba mi aventura y, para hacérsela más patente, la llevaba a las ruinas de Portici.

«No vayamos allí, hijo mío —me decía—; estás en un peligro evidente». Al pasar por un estrecho desfiladero en el que me introducía con seguridad, una mano me empuja de repente a un precipicio; la reconozco, es la de Biondetta. En mi caída, otra mano me sostiene y me

encuentro entre los brazos de mi madre. Me despierto, jadeante aún por el terror. «¡Tierna madre! —exclamé—, ni siquiera en sueños me abandonas. Biondetta, quieres perderme. Pero este sueño es fruto de la perturbación de mi mente. ¡Ah!, liberémonos de las ideas que me impedirían cumplir con la gratitud y la humanidad».

Llamo a un criado y lo envío en busca de noticias. Dos cirujanos velan; ha perdido mucha sangre; temen la fiebre.

Al día siguiente, después de retirarle el vendaje, decidieron que las heridas no eran peligrosas más que por su profundidad, pero sobreviene la fiebre que al ir en aumento, obliga a agotar a la paciente con nuevas sangrías.

Tanto insistí para entrar en la alcoba que fue imposible negármelo.

Biondetta deliraba y repetía sin cesar mi nombre. La miré; nunca me había parecido tan hermosa.

«Esta es —me decía a mí mismo— lo que yo tomaba por un fantasma coloreado, un montón de vapores brillantes,

reunidos únicamente para equivocar mis sentidos. Tenía la misma vida que yo tengo, y la pierde porque nunca quise escucharla, porque la expuse voluntariamente. Soy un tigre, un monstruo. Si mueres tú, el objeto más digno de ser querido y cuyas bondades he reconocido tan indignamente, no quiero sobrevivirte. Moriré tras haber sacrificado sobre tu tumba a la bárbara Olimpia. Si me eres devuelta, seré tuyo, reconoceré tus beneficios, coronaré tus virtudes, tu paciencia; me ligo a ti con lazos indisolubles y cumpliré con mi deber de hacerte feliz mediante el sacrificio ciego de mis sentimientos y voluntades».

No describiré los penosos esfuerzos del arte y de la naturaleza para reclamar a la vida un cuerpo que parecía destinado a sucumbir bajo los recursos puestos en práctica para aliviarlo.

Veintiún días transcurrieron sin que pudiéramos decidirnos entre el temor y la esperanza. Finalmente, la fiebre se disipó y pareció que la enferma recobraba el conocimiento.

La llamaba mi querida Biondetta; me tomó la mano. Desde ese instante, reconoció todo lo que la rodeaba.

Yo estaba a la cabecera de su cama: sus ojos se volvieron hacia mí; los míos estaban bañados en lágrimas.

No sabría describir la gracia, la expresión de su sonrisa cuando me miró. «¡Querida Biondetta! —musitó—; yo soy la querida Biondetta de Alvaro».

Quería decirme algo más; sin embargo, nuevamente me obligaron a alejarme.

Decidí quedarme en su cuarto, en un lugar donde ella no pudiera verme. Finalmente, me permitieron acercarme.

—Biondetta —le dije—, he ordenado perseguir a tus asesinos.

—¡Oh, no te molestes! —dijo—; me han dado la felicidad. Si muero, será por ti; si vivo, será para amarte.

Tengo razones para abreviar estas escenas de ternura que se sucedieron entre nosotros hasta el momento en que los médicos me aseguraron que podía trasladar a Biondetta a orillas del Brenta, donde el aire sería más apropiado para devolverle las fuerzas. Allí nos instalamos.

Había puesto dos mujeres a su servicio desde el primer instante en que su sexo se reveló por la necesidad de vendar sus heridas. Reuní alrededor suyo todo lo que podía contribuir a su comodidad y no me ocupé sino en solazarla, divertirla y complacerla.

# X

Sus fuerzas se restablecían a ojos vistas y su belleza parecía adquirir cada día un nuevo brillo. Finalmente, creyendo poder conducirla a una conversación bastante larga sin mengua de su salud, le dije:

—¡Oh, Biondetta!, estoy colmado de amor, persuadido de que no eres un ser fantástico, convencido de que me amas pese al indignante proceder que he tenido contigo en el pasado. Pero bien sabes hasta qué punto mis inquietudes eran fundadas. Revélame el misterio de la extraña aparición que afligió mis miradas en la bóveda de Portici. ¿De dónde venían, en qué se transformaron aquel horrible monstruo, aquella perrita que precedieron tu llegada? ¿Cómo, por qué los reemplazaste para unirte a mí? ¿Quiénes eran? ¿Quién eres tú? Acabas de tranquilizar un corazón que es tuyo por entero y que quiere consagrarse a ti para toda la vida.

—Alvaro —respondió Biondetta—, los nigromantes, sorprendidos por tu audacia, quisieron jugar con tu humillación y lograr reducirte, por la vía del terror, al

estado de vil esclavo de sus voluntades. Te preparaban de antemano al temor incitándote a la evocación del más poderoso y temible de todos los espíritus; y, con el concurso de aquellos cuya categoría les está sometida, te presentaron un espectáculo que te habría hecho morir de horror si el vigor de tu alma no hubiese hecho volver contra ellos su propia estratagema.

«Ante tu actitud heroica, los silfos, las salamandras, los gnomos, las ondinas, encantados con tu coraje, resolvieron darte todas las ventajas sobre tus enemigos.

Soy sílfide de origen y una de las más considerables de ellas. Me presenté bajo la forma de la perrita; recibí tus órdenes y todos a porfía nos apresuramos a cumplirlas. Cuanta más altivez, resolución, soltura, inteligencia ponías en regir nuestros movimientos, mayor admiración sentíamos por ti y más celo en obedecerte.

Me ordenaste servirte como paje, entretenerte como cantatriz. Me sometí con alegría y gusté de tales encantos en mi obediencia que resolví consagrarla para siempre.

Decidamos —me decía a mí misma— mi estado y mi felicidad. Abandonada en el vacío del aire a una

incertidumbre necesaria, sin sensaciones, sin goces, esclava de las evocaciones de los cabalistas, juguete de sus fantasías, necesariamente limitada tanto en mis prerrogativas como en mis conocimientos, ¿vacilaré en lo sucesivo ante la elección de los medios por los que puedo ennoblecer mi esencia?

Me permiten tomar un cuerpo para asociarme a un sabio. Si me reduzco al simple estado de mujer, si pierdo con ese cambio voluntario el derecho natural de las sílfides y la asistencia de mis compañeras, gozaré de la felicidad de amar y de ser amada. Serviré a mi vencedor; lo instruiré acerca de la sublimidad de su ser cuyas prerrogativas ignoro: nos someterá, junto con los elementos cuyo imperio habré abandonado, los espíritus de todas las esferas. Está hecho para ser el rey del mundo, y yo seré, la reina, y la reina adorada por él.

Estas reflexiones, más repentinas de lo que puedes creer en una sustancia liberada de órganos, me decidieron inmediatamente. Conservando mi figura, tomo un cuerpo de mujer que no abandonaré más que con la vida.

Cuando tomé un cuerpo, Alvaro, me di cuenta de que tenía un corazón, te admiré, te amé; ¡pero en qué

me convertí cuando no vi en ti sino repugnancia y odio! No podía cambiar, ni siquiera arrepentirme; sometida a todos los infortunios a que están sujetas las criaturas de tu especie, habiéndote ganado la indignación de los espíritus y el odio implacable de los nigromantes, me convertía sin tu protección en el ser más desgraciado que hubiese bajo el cielo: ¿qué digo?, aún lo sería sin tu amor».

Mil gracias derramadas por el rostro, la acción, el sonido de la voz, se añadían al prestigio de tan interesante relato. No concebía nada de lo que oía. Pero ¿había algo concebible en mi aventura?

«Todo esto me parece un sueño —me decía a mí mismo—. Pero ¿qué, es la vida humana sino un sueño? El mío es más extraordinario que los de los demás, eso es todo. La he visto con mis propios ojos, esperando que el arte la socorriese, llegar casi a las puertas de la muerte, pasando por todos los términos del agotamiento y del dolor. El hombre fue una mezcla de un poco de barro y de agua. ¿Por qué una mujer no va a estar hecha de rocío, de vapores terrestres y rayos de luz, de los restos condensados de un arcoíris? ¿Dónde está lo posible?… ¿Dónde lo imposible?».

El resultado de mis reflexiones fue entregarme aún más a mi debilidad creyendo consultar mi razón. Colmaba a Biondetta de atenciones, de caricias inocentes. Se prestaba a ello con una franqueza que hacía mis delicias, con ese pudor natural que no es producto de las reflexiones ni del temor.

# XI

Un mes había transcurrido en medio de las dulzuras que me tenían embriagado. Biondetta, totalmente restablecida, podía seguirme a todas partes en mis paseos. Le había hecho hacer un traje de amazona con el cual, bajo un gran sombrero cubierto de plumas, atraía todas las miradas, y nunca aparecíamos sin que mi felicidad despertara la envidia de todos esos felices ciudadanos que pueblan, los días de buen tiempo, las riberas encantadas del Brenta; incluso las mujeres parecían haber renunciado a esos celos de que se las acusa, subyugadas por una superioridad que no podían negar o desarmados por un porte que anunciaba el olvido de todos sus atractivos.

Conocido por todo el mundo como el amante amado de un objeto tan arrebatador, mi orgullo igualaba a mi amor, y me elevaba aún más cuando se me ocurría vanagloriarme del brillo de su origen.

No podía dudar que poseyese los conocimientos más raros y suponía con razón que su objetivo era adornarme

con ellos; pero no me hablaba más que de cosas ordinarias y parecía haber perdido de vista su propósito.

—Biondetta —le dije una tarde en que nos paseábamos por la terraza de mi jardín—, cuando una inclinación demasiado halagüeña para mí te decidió a unir tu suerte a la mía, te prometiste hacerme digno de ella dándome conocimientos que no están reservados al común de los hombres. ¿Te parezco ahora indigno de tus cuidados? Un amor tan tierno, tan delicado como el tuyo, ¿puede no desear ennoblecer su objeto?

—¡Oh, Alvaro! —me respondió ella—, soy mujer desde hace seis meses y me parece que mi pasión no ha durado un día. Perdona si la más dulce de las sensaciones embriaga un corazón que nunca experimentó nada. Querría enseñarte a amar como yo y estarías, por ese sentimiento solo, por encima de todos tus semejantes; pero el orgullo humano aspira a otros goces. La inquietud natural no le permite disfrutar de una felicidad si no puede prever una mayor en perspectiva. Sí, te instruiré, Alvaro. Olvidaba gustosamente mi interés; él lo quiere, puesto que debo recuperar mi grandeza en la tuya; pero no basta que me prometas ser mío, debes entregarte a mí sin reservas y para siempre.

Estábamos sentados en un banco de césped, bajo un abrigo de madreselva, al fondo del jardín. Me arrojé a sus rodillas.

—Querida Biondetta —le dije—, te juro una fidelidad a toda prueba.

—No —me decía ella—, no me conoces, no me conoces. Necesito un abandono absoluto; solo él puede tranquilizarme y bastarme.

Le besaba la mano apasionadamente y repetía mis juramentos; ella me oponía sus temores. En el fuego de la conversación, nuestras cabezas se inclinan, nuestros labios se encuentran. En ese momento, siento que me tiran del faldón de la casaca y que una extraña fuerza me sacude…

Era mi perro, un danés joven que me habían regalado. Todos los días lo hacía jugar con mi pañuelo. Como la víspera se había escapado de casa, lo había hecho atar para prevenir una segunda evasión. Acababa de romper su atadura; guiado por el olfato, me había encontrado y me tiraba de la casaca para mostrarme su alegría e incitarme a jugar con él. Por más que lo espanté con la mano, con

la voz, me fue imposible apartarlo: corría, volvía a mí ladrando; finalmente, vencido por su inoportunidad, lo tomé por el collar y lo llevé a casa de nuevo.

Cuando regresaba a la glorieta para reunirme con mi amada, un criado que me pisaba los talones nos avisó que estábamos servidos y fuimos a ocupar nuestros puestos en la mesa. Biondetta parecía molesta. Afortunadamente, éramos tres: un joven noble había venido a cenar con nosotros.

Al día siguiente, entré en la alcoba de Biondetta dispuesto a hacerla partícipe de las serias reflexiones que me habían ocupado durante la noche. Estaba todavía en la cama y me senté junto a ella.

—Ayer —le dije— estuvimos a punto de cometer una locura de la que me habría arrepentido por el resto de mis días. Mi madre está decidida a que me case. No podría pertenecer a otra que no fueses tú y no puedo comprometerme seriamente sin su consentimiento. Al mirarte ya como mi mujer, querida Biondetta, mi deber es respetarte.

—¿Y no debo acaso respetarte yo a ti, Alvaro? Pero ese sentimiento, ¿no sería el veneno del amor?

—Te equivocas —repuse—; es su condimento.

—¡Buen condimento, que te devuelve a mí con un aire glacial y me petrifica a mí misma! ¡Mi Alvaro, Alvaro! Felizmente no tengo nada en el mundo, padre ni madre, y quiero amar con todo mi corazón, sin ese condimento de que me hablas. Debes consideración a tu madre, es natural; basta con que su voluntad ratifique la unión de nuestros corazones: ¿por qué debe precederla? Los prejuicios han nacido en ti a falta de luces y, sea razonando, sea sin razonar, hacen que tu conducta sea tan inconsecuente como extraña. Sometido a verdaderos deberes, te impones otros con los que es imposible o inútil cumplir finalmente, buscas hacerte separar del camino en la persecución del objeto cuya posesión te parece más deseable. Nuestra unión, nuestros vínculos pasan a depender de una voluntad ajena. ¿Quién sabe si doña Mencía considerará que mi casa es lo bastante buena como para entrar en la de Maravillas? ¿Me veré despreciada? En lugar de obtenerte de ti mismo, ¿voy a tener que obtenerte de ella? ¿Es un hombre destinado

a la alta ciencia quien me habla o un niño que sale de las montañas de Extremadura? ¿Y debo ser indelicada cuando veo que la delicadeza de las otras recibe más cuidados que la mía? ¡Alvaro! ¡Alvaro! Alaban el amor de los españoles, siempre tendrán más orgullo y altanería que amor.

Había visto escenas muy extraordinarias, pero no estaba preparado para esta. Quise disculpar mi respeto hacia mi madre; el deber me lo prescribía, y el reconocimiento y el cariño, más fuertes todavía que aquel. No me escuchaba. «No me he transformado en mujer porque sí, Alvaro; tú me tienes a mí, yo quiero tenerte a ti. Doña Mencía desaprobará después si está loca. No me hables más de ello. Desde que me respetan y todo el mundo es respetado, me vuelvo más infeliz que cuando me odiaban». Y rompió a llorar.

Afortunadamente soy orgulloso, y ese sentimiento me protegió del impulso de debilidad que me arrastraba a los pies de Biondetta para tratar de desarmar aquella cólera irracional y hacer cesar unas lágrimas cuya sola vista me conducía a la desesperación. Me retiré. Pasé a mi gabinete. Si me hubiesen encadenado allí, me habrían

hecho un favor. Finalmente, temiendo que surgieran al exterior los combates que experimentaba, corro a mi góndola: una de las criadas de Biondetta se encuentra en mi camino. «Voy a Venecia —le digo—. Soy necesario allí a consecuencia del proceso incoado a Olimpia». Y parto inmediatamente, presa de las más devoradoras inquietudes, descontento de Biondetta y más aún de mí mismo, viendo que no podía tomar más que decisiones cobardes o desesperadas.

## XII

Llego a la ciudad, desciendo en la primera calle, recorro con un aire aturdido todas las que se encuentran a mi paso, sin darme cuenta de que una tormenta atroz me va a caer encima y que debo preocuparme de encontrar refugio.

Era a mediados del mes de julio. Pronto descargó sobre mí una lluvia abundante mezclada con mucho granizo.

Veo ante mí una puerta abierta: la de la iglesia del gran convento de los franciscanos; me refugio allí.

Mi primera reflexión fue que había sido necesario un accidente semejante para hacerme entrar en una iglesia desde mi llegada a los estados de Venecia; la segunda, fue hacerme justicia sobre ese completo olvido de mis deberes.

Finalmente, para arrancarme de mis pensamientos, considero los cuadros y trato de ver los monumentos de la iglesia: era una especie de viaje curioso que hacía alrededor de la nave y del coro.

Llego por fin a una capilla interior iluminada por una lámpara, pues la luz exterior no podía penetrar hasta allí; algo sorprendente me llama la atención en el fondo de la capilla: era un monumento.

Dos genios descendían a una tumba de mármol negro con una figura de mujer.

Otros dos genios lloraban junto a la tumba. Todas las figuras eran de mármol blanco y su brillo natural, realzado por el contraste, al reflejar intensamente la débil luz de la lámpara, parecía hacerlas brillar, con una luz que les fuese propia, e iluminar el fondo de la capilla.

Me acerco, observo las figuras; me parecen dotadas de las más bellas proporciones, llenas de expresión y ejecutadas cabalmente. Detengo mis ojos en la cabeza de la figura principal. ¿Qué me ocurre? Creo ver el retrato de mi madre. Un dolor vivo y tierno y un santo respeto se apoderaron de mí.

«¡Madre mía! ¿Es para advertirme que mi poca ternura y el desorden de mi vida te conducirán a la tumba para lo que este frío simulacro asume aquí tu querida imagen? ¡Oh, tú, la más digna de las mujeres! Por extraviado que

esté, tu Alvaro se ha conservado todos tus derechos sobre su corazón. Antes de apartarse de la obediencia que te debe preferiría morir mil veces; sea testigo de ello este mármol insensible. ¡Ay! Me devora la más tiránica de las pasiones; me es imposible ya dominarla. Acabas de hablar a mis ojos; hablar, ¡ah!, hablar a mi corazón y, si debo desterrarla, enséñame cómo podré hacerlo sin que me cueste la vida».

Al pronunciar con fuerza esta acuciante invocación, me había prosternado con la cara pegada al suelo y esperaba en esa actitud la respuesta que estaba casi seguro de recibir: tal era mi entusiasmo.

Reflexiono ahora —entonces no estaba en condiciones de hacerlo— que en todas las ocasiones en que necesitamos socorros extraordinarios para ordenar nuestra conducta, si los pedimos con fuerza, aunque no sean dispensados, al recogernos para recibirlos al menos nos ponemos en condiciones de utilizar todos los recursos de nuestra propia prudencia. Merecía ser abandonado a la mía y esto fue lo que me sugirió:

«Pondrás un deber que cumplir y un espacio considerable entre tu pasión y tú; los acontecimientos te iluminarán».

«Vamos —me dije, mientras me levantaba precipitadamente—, vamos a abrir mi corazón a mi madre y pongámonos una vez más bajo esa querida protección».

Regreso a mi posada habitual, busco un coche y, sin procurarme equipaje ni servidumbre, tomo el camino de Turín para llegar a España por Francia; pero antes pongo en un paquete una nota por trescientos cequíes contra el banco y la carta que sigue:

«*A mi querida Biondetta,*

*Me arranco de tu lado, mi querida Biondetta, y sería arrancarme la vida si la esperanza del más pronto regreso no consolase mi corazón. Voy a ver a mi madre; animado por tu encantadora idea, obtendré su consentimiento y volveré para formar con su beneplácito una unión destinada a hacer mi felicidad. Feliz por haber cumplido con mis deberes antes de darme por entero al amor, sacrificaré a los pies el resto de mi vida. Conocerás a*

*un español, Biondetta mía; juzgarás de acuerdo con su conducta que, si obedece los deberes del honor y de la sangre, sabe igualmente satisfacer los demás. Al ver el feliz resultado de sus prejuicios, no llamarás orgullo al sentimiento que a ellos lo une. No puedo dudar de tu amor: me había consagrado una total obediencia; lo reconoceré mejor aún por esta débil condescendencia con propósitos que no tienen otro objetivo que nuestra felicidad común. Te envío lo que puede ser necesario para el mantenimiento de nuestra casa. Te enviaré desde España lo que crea menos indigna de ti, esperando que la más viva ternura que nunca haya existido te devuelva para siempre a tu esclavo».*

Estoy en camino hacia Extremadura. Estábamos en la estación más hermosa y todo parecía contribuir a mi impaciencia por llegar a la patria.

Ya descubría los campanarios de Turín cuando, una silla de posta adelanta desordenadamente mi carruaje, se detiene y me deja ver, a través de una portezuela, a una mujer que hace señales y se precipita para salir.

Mi postillón opta por detenerse. Desciendo y recibo a Biondetta en mis brazos; en ellos queda, desfallecida,

sin conocimiento; no había podido decir más que estas pocas palabras: «¡Alvaro, me has abandonado!».

La conduzco a mi coche, único lugar donde puedo sentarla cómodamente; afortunadamente, tenía dos plazas. Hago todo lo posible para facilitarle la respiración, aflojándole las ropas que la oprimen y sosteniéndola entre mis brazos, prosigo mi camino en la situación que puedes imaginar.

# XIII

Nos detenemos en la primera posada de cierta apariencia. Hago llevar a Biondetta a la habitación más cómoda, la hago poner sobre la cama y me siento a su lado. Me había hecho traer aguas espirituosas, elixires propios para disipar un desvanecimiento.

Finalmente, abre los ojos.

—Has querido mi muerte una vez más —dice—; estarás satisfecho.

—¡Qué injusticia! —le digo—; un capricho hace que te niegues a gestiones sentidas y necesarias para mí. Me arriesgo a faltar a mi deber si no sé resistirte y me expongo a disgustos, a remordimientos que turbarían la tranquilidad de nuestra unión. Tomo la decisión de escaparme en busca del consentimiento de mi madre…

—¿Y por qué no me das a conocer tu voluntad, cruel? ¿No he sido hecha acaso para obedecerte? Te habría seguido. Pero abandonarme sola, sin protección, a la

venganza de los enemigos que me granjeado por ti, verme expuesta por tu culpa a las más humillantes afrentas…

—Explícate, Biondetta. ¿Acaso se ha atrevido alguien a…?

—¿Y qué riesgos podía correr un ser de mi sexo, desprovisto de opinión y de toda asistencia? El indigno Bernadillo nos había seguido hasta Venecia; apenas desapareciste cuando, al dejar de temerte, impotente contra mí desde que soy tuya, pero con poder para perturbar la imaginación de la gente a mi servicio, hizo sitiar por fantasmas de su creación tu casa del Brenta. Mis sirvientas, aterradas, me abandonan. Según es rumor general, autorizado por muchas cartas, un diablillo ha raptado a un capitán de la guardia del rey de Nápoles y lo ha conducido a Venecia. Aseguran que yo soy ese diablillo, tal y como certifican los indicios. Todo el mundo se aparta de mí con temor. Imploro asistencia, compasión; no las encuentro. Finalmente, el oro obtiene lo que se niega a la humanidad: me venden muy cara una mala silla de posta. Encuentro guías, postillones; te sigo…

Mi firmeza creyó derrumbarse ante el relato de las desventuras de Biondetta.

—No podía —le dije— prever acontecimientos de esa naturaleza. Te había visto objeto de miramientos y respecto por parte de todos los habitantes de las orillas del Brenta; lo que parecía tan bien adquirido, ¿podía yo imaginar que te lo disputarían en mi ausencia? ¡Oh, Biondetta! Tú eres una mujer instruida. ¿No debías prever que, al contrariar propósitos tan razonables como los míos, me llevarías a resoluciones desesperadas? ¿Por qué?

—¿Somos siempre dueños de no contrariar? Soy mujer por propia elección, Alvaro, pero mujer al fin, expuesta a sentir todo género de impresiones; no soy mármol. He escogido entre las zonas la materia elemental que compone mi cuerpo: es muy susceptible; si no lo fuese, carecería de sensibilidad, no me harías sentir nada y me volvería insípida para ti. Perdóname por haber corrido el riesgo de tomar todas las imperfecciones de mi sexo para reunir, si podía, todas sus gracias; pero la locura ya está hecha y, constituida como lo estoy ahora, mis sensaciones son de una vivacidad a la que nada se acerca:

mi imaginación es un volcán. Tengo, en una palabra, pasiones de una violencia tal que debería asustarte, si no fueses el objeto de la más arrebatada de todas y si no conociésemos mejor los principios y efectos de esos impulsos naturales de lo que se los conoce en Salamanca. Allí les dan nombres odiosos; hablan, por lo menos, de reprimirlos. ¡Reprimir una llama celeste, resorte único mediante el cual el alma y el cuerpo pueden actuar recíprocamente uno sobre otro y forzarse a colaborar en el mantenimiento necesario de su unión! ¡Es una completa idiotez, mi querido Alvaro! Debemos controlar esos impulsos, pero de cuando en cuando debemos ceder ante ellos, si los contrariamos, si los sublevamos, escapan todos a la vez y la razón no sabe ya dónde sentarse para gobernar. Cuida de mí en estos momentos, Alvaro; no tengo más que seis meses, estoy entusiasmada con todo lo que siento; piensa que una de tus negativas, una palabra que me digas desconsideradamente indignan al amor, rebelan al orgullo, despiertan el desprecio, la desconfianza, el temor. ¿Qué digo? ¡Veo desde aquí mi pobre cabeza perdida y a mi Alvaro tan desdichado como yo!

—¡Oh, Biondetta! —repliqué—, no cesan las sorpresas a tu lado; pero creo ver la propia naturaleza en la confesión que haces de tus inclinaciones. Encontraremos recursos contra ellas en nuestro mutuo cariño. ¿Que no debemos esperar, por otra parte, de los consejos de la madre que va a recibirnos en sus brazos? Te querrá, todo me lo asegura, y todo contribuirá a que pasemos días felices…

—Debo querer lo que tú quieras, Alvaro. Conozco mejor mi sexo y no espero tanto como tú; pero quiero obedecerte para agradarte y me entrego.

Satisfecho de encontrarme en camino hacia España, hacia el consentimiento materno y en compañía del objeto que había cautivado mi razón y mis sentidos, me apresuré a buscar el paso de los Alpes para llegar a Francia; pero parecía que el cielo se volvía contra mí desde que no estaba solo: tormentas espantosas interrumpen mi ruta, haciendo malos los caminos y los pasos impracticables. Los caballos se desploman; mi coche, que parecía nuevo y bien armado, desmiente su apariencia en cada posta y falla por el eje, o por el tren, o por las ruedas. Finalmente, después de infinitos obstáculos, llego al puerto de montaña de Tende.

Entre los motivos de inquietud y las molestias que me proporcionaba un viaje tan accidentado, admiraba la persona de Biondetta. Ya no era aquella mujer tierna, triste o impulsiva que había conocido; parecía que quisiese aliviar mi fastidio entregándose a los arranques de la más viva alegría y persuadirme de que las fatigas no la afectaban lo más mínimo.

Todo ese juego agradable se mezclaba con caricias demasiado seductoras como para que pudiese negarme a ellas: las aceptaba, pero con reservas; mi orgullo comprometido servía de freno a la violencia de mis deseos. Ella leía demasiado bien en mis ojos como para no percibir mi desorden y tratar de aumentarlo. Hubo una ocasión en particular en la que, si no se hubiese roto una rueda, no sé en qué habría parado el pundonor. Esto me puso un poco más en guardia para el provenir.

# XIV

Después de increíbles fatigas, llegamos a Lyon. Consentí, en atención a Biondetta, en descansar allí algunos días. Interrumpía ella mis puntos de vista sobre la soltura, la facilidad de costumbres de la nación francesa. «En París, en la corte, es donde querría yo verte instalado. No te faltaran recursos de ninguna especie; te considerarán como quieras ser considerado, y tengo los medios necesarios para que desempeñes el mejor papel. Los franceses son galantes; si no presumo demasiado de mi figura, lo más granado de su sociedad vendrá a rendirme homenaje y a todos los sacrificaré en aras de mi Alvaro. ¡Hermoso motivo de triunfo para una vanidad española!».

Tomé su propuesta como un juego.

—No —dijo ella—, realmente tengo esa fantasía…

—Partamos, pues, lo antes posible hacia Extremadura —repuse— y volveremos para hacer presentar en la corte

de Francia a la esposa de don Alvaro Maravillas; no te convendría mostrarte como una simple aventurera…

—Estoy en camino hacia Extremadura —me dice— y debo considerar mi destino como el término en el que voy a encontrar mi felicidad. ¿Cómo haría para que nunca finalizara el viaje?

Oía, veía su repugnancia, pero iba hacia mi meta y pronto me encontré en territorio español. Los obstáculos imprevistos, los baches, los carriles impracticables, los arrieros borrachos, las mulas reacias me daban menos tregua aún que en el Piamonte y en Saboya.

Suele hablarse muy mal de las posadas españolas, y con razón; sin embargo, me consideraba feliz cuando las contrariedades sufridas durante el día no me obligaban a pasar una parte de la noche en medio del campo o en un granero aislado.

—¿Qué país vamos a buscar —decía Biondetta— a juzgar por lo que estamos padeciendo? ¿Estamos muy lejos aún?

—Estás —respondí— en Extremadura, y a diez leguas todo lo más del castillo de Maravillas…

—Seguro que no llegaremos; el cielo nos impide acercarnos. Mira los vapores con que se carga.

Miré el cielo; nunca me había parecido tan amenazador. Hice observar a Biondetta que el granero en que nos encontrábamos podía protegernos de la tormenta.

—¿Nos protegerá también de los rayos? —Me dijo.

—¿Qué te importan los rayos a ti, acostumbrada a vivir en el aire, que tantas veces lo has visto formarse y tan bien debes conocer su origen físico?

—Si no lo conociese tan bien, no tendría miedo; me he sometido a las causas físicas y las temo porque matan y porque son físicas.

Estábamos sobre dos montones de paja en los dos extremos del granero. En el ínterin, la tormenta, tras haberse anunciado desde lejos, se acerca y muge de una manera espantosa. El cielo parecía un brasero agitado por los vientos en mil sentidos enfrentados; los truenos,

repetidos por los antros de las montañas vecinas, retumbaban horriblemente en torno nuestro. No se sucedían, parecían entrechocarse.

El viento, el granizo, la lluvia se disputaban entre ellos el honor de añadir más horror al pavoroso cuadro que afligía nuestros sentidos. Surge un relámpago que parece abrasar nuestro refugio; lo sigue un trueno pavoroso. Biondetta, con los ojos cerrados y los dedos en los oídos, se precipita en mis brazos.

—¡Ah! ¡Alvaro, estoy perdida!…

Quiero tranquilizarla. «Pon la mano sobre mi corazón», me decía. Me la coloca sobre su garganta y, aunque se equivocase haciéndomela apoyar sobre un lugar donde los latidos no debían ser fácilmente perceptibles, pude comprobar que el movimiento era extraordinario. Me abrazaba con todas sus fuerzas redoblando su pasión a cada relámpago. Finalmente, se deja oír un trueno aún más tremendo que los anteriores. Biondetta se sustrae a mi abrazo de manera que en caso de accidente el rayo no pudiese golpearla sin haberme alcanzado a mí primero.

Este efecto del miedo me pareció singular, y comencé a temer no las consecuencias de la tormenta, sino las de una conspiración formada en su cabeza para vencer mi resistencia a sus designios. Aunque más emocionado de lo que puedo decir, me levanto:

—Biondetta —le digo—, no sabes lo que haces. Domina ese temor, este estruendo no nos amenaza ni a ti ni a mí.

Mi flema debió sorprenderla; pero podía sustraerme sus pensamientos si continuaba afectando turbación. Afortunadamente la tormenta había hecho su último esfuerzo. El cielo se limpiaba y pronto la claridad de la luna nos anunció que nada teníamos que temer ya del desorden de los elementos.

Biondetta permanecía en el lugar donde se había colocado. Me senté a su lado sin proferir una sola palabra; fingió dormir y yo me puse a soñar, más tristemente que nunca desde el comienzo de mi aventura, con las consecuencias necesariamente enojosas de mi pasión. No daré más que un esbozo de mis reflexiones. Mi amante era encantadora, pero yo quería convertirla en mi mujer.

La luz del día me sorprendió sumergido en estos pensamientos, y me levanté para ir a ver si podía proseguir mi camino. Por el momento, era imposible. El mulero que conducía mi calesa me dijo que sus mulas estaban fuera de servicio. Mientras me hallaba en semejante apuro, Biondetta se me acercó.

Ya empezaba a perder la paciencia cuando un hombre de siniestra fisonomía, pero de vigorosa talla, apareció frente a la puerta del granero, aguijando dos mulas que tenían buen aspecto. Le propuse que me llevara hasta mi casa. Conocía el camino, nos pusimos de acuerdo en el precio.

Iba a subir al coche cuando creí reconocer a una campesina de mis tierras que atravesaba el camino, seguida de un gañán. Me acerco, la miro. Es Berta, honrada granjera de mi pueblo y hermana de mi nodriza. La llamo; se detiene, me mira a su vez, pero con aire de consternación.

—¡Cómo! ¡Eres tú, señor don Alvaro! —me dice—. ¿Qué vienes a buscar en un lugar donde tu pérdida ha sido jurada, donde has sembrado la desolación?…

—¡Yo! ¿Y qué he hecho yo, querida Berta?…

—¡Ah! Señor Alvaro, ¿no le remuerde la conciencia por la triste situación a que se ve reducida su digna madre, nuestra buena señora?

—Se está muriendo… ¿Se está muriendo? —grité.

—Si —prosiguió—, y es por culpa de la pena que tú le has causado. En este momento, no debe estar ya con vida. Le han llegado cartas de Nápoles, de Venecia. Le han escrito cosas que hacen temblar. Nuestro buen señor, tu hermano, está furioso: dice que va a solicitar de todas partes órdenes contra ti, que te denunciará, que él mismo te entregará…

—Vete, Berta, y si vuelves a Maravillas y llegas antes que yo, anuncia a mi hermano que pronto me verá.

## XV

Inmediatamente, una vez enganchada la calesa, le presento la mano a Biondetta, ocultando el desorden de mi alma bajo una apariencia de firmeza. Ella se muestra atemorizada:

—¡Cómo! —dice—. ¿Vamos a entregarnos a tu hermano? ¿Vamos a amargar con nuestra presencia a una familia irritada, a vasallos afligidos?…

—No puedo temer a mi hermano, Biondetta. Si me imputa culpas que no tengo, es importante que lo desengañe; si las tengo, debo excusarme y, como no proceden de mi corazón, tengo derecho a su compasión y a su indulgencia. Si he llevado a mi madre a la tumba por la irregularidad de mi conducta, debo reparar el escándalo y llorar tan vivamente su pérdida que la verdad, la publicidad de mi arrepentimiento borren a los ojos de toda España la mancha que la falta de naturalidad grabaría en mi sangre.

—¡Ah, don Alvaro! Corres a tu perdición y a la mía. Esas cartas escritas de todas partes, esos prejuicios extendidos con tanta presteza y afectación, son consecuencia de nuestras aventuras y de las persecuciones que padecí en Venecia. El traidor Bernadillo, a quien aún no conoces lo suficiente, obsesiona a tu hermano; lo inducirá…

—¡Eh! ¿Y qué tengo yo que temer de Bernadillo y de todos los cobardes de la tierra? Mi único enemigo temible soy yo mismo. Nadie inducirá jamás a mi hermano a la venganza ciega, a la injusticia, a acciones indignas de un hombre de cabeza y coraje, en una palabra, de un caballero.

El silencio sucedió a esta conversación bastante fuerte; habría podido resultar embarazoso para uno y otra, pero después de unos instantes Biondetta se adormece poco a poco y termina por dormirse del todo.

¿Podía no mirarla? ¿Podía contemplarla sin emoción? Sobre ese rostro que resplandecía con todos los tesoros, con la pompa y con la juventud, el sueño añadía a las gracias naturales del descanso esa frescura deliciosa, animada, que proporciona armonía a todos los rasgos; un nuevo hechizo se apodera de mí: aleja mis desconfianzas;

mis inquietudes quedan en suspenso o, si hay una que permanece, es que la cabeza del objeto, que me enamora, sacudida por el traqueteo del carruaje, no experimente incomodidad alguna por la brusquedad o la rudeza de los zarandeos. Mi única ocupación es sostenerla, protegerla. Pero experimentamos una sacudida tan fuerte que me resulta imposible dominarla. Biondetta lanza un grito y volcamos. Se había roto el eje. Afortunadamente las mulas se habían detenido. Me libero, me precipito hacia Biondetta, presa de las más vivas alarmas. Solo tenía una ligera contusión en el codo, y pronto nos encontramos de pie en pleno campo, pero expuestos al ardor del sol de mediodía, a cinco leguas del castillo de mi madre, sin medios aparentes para poder llegar hasta allí, pues no se ofrecía a nuestras miradas ningún lugar que pareciese habitado.

Sin embargo, a fuerza de mirar con atención, creo distinguir a una legua de distancia una humareda que se eleva tras unos matorrales, con los que se mezclaban algunos árboles bastante altos; entonces, confiando el carruaje al cuidado del mulero, insto a Biondetta a caminar conmigo hacia el lugar que me ofrece la posibilidad de algún socorro.

Cuanto más avanzamos, más se fortalece nuestra esperanza; el bosquecillo parece dividirse en dos: forma pronto una vereda al fondo de la cual se distinguen viviendas de modesta estructura; finalmente, una granja considerable termina nuestra perspectiva. Todo parece estar en movimiento en ese habitáculo, por lo demás aislado. En cuanto nos ven, un hombre se adelanta y se dirige hacia nosotros.

Nos aborda con cortesía. Tiene un aspecto honrado: lleva un jubón de satén negro tallado en color fuego, adornado con algunos pasamanos de plata. Aparenta tener de veinticinco a treinta años. Tiene la tez de un campesino; la frescura se trasluce bajo el bronceado, revelando vigor y salud.

Le pongo al corriente del accidente que me ha traído a su casa. «Señor caballero —me responde—, es siempre bienvenido en una casa llena de gente de buena voluntad. Tengo aquí una fragua y arreglaremos su eje; pero aunque me diese hoy todo el oro del señor duque de Medina Sidonia, mi amo, ni yo ni ninguno de los míos podría ponerse a trabajar. Llegamos de la iglesia mi mujer y yo: es nuestro día más hermoso. Entre. Al ver a

la recién casada, a mi parentela, a mis amigos, a quienes debo festejar, juzgará si me es posible hacerlos trabajar ahora. Por lo demás, si ni la señora ni tú desprecias una compañía compuesta por gente que subsiste con su trabajo desde los comienzos de la monarquía, vayamos a sentarnos a la mesa, que hoy andamos todos muy felices; de sus mercedes depende compartir nuestra satisfacción. Mañana abordaremos los asuntos pendientes.

Al mismo tiempo, ordena que vayan a buscar mi carruaje.

Estoy aquí, pues, huésped de Marcos, el granjero del señor duque. Entramos en el salón preparado para el banquete de bodas. Adosado al edificio principal, ocupa todo el fondo del patio; es una enramada dispuesta en arcos, adornada con guirnaldas de flores, desde donde la vista, interrumpida primero por los dos bosquecillos, se pierde agradablemente en el campo a través del intervalo que forma la vereda.

La mesa estaba servida. Luisa, la recién casada, se sienta entre Marcos y yo; Biondetta, al lado de Marcos. Los padres y las madres y demás parientes se sientan unos frente a otros; la juventud ocupa los dos extremos.

La novia bajaba dos grandes ojos negros que no estaban hechos para mirar hacia abajo; todo lo que le decían, incluso las cosas indiferentes, la hacían sonreír y ruborizarse.

La gravedad preside los comienzos de la comida: es el carácter de la nación; pero, a medida que los odres dispuestos alrededor de la mesa se desinflan, las fisonomías pierden su seriedad.

Empezábamos a animarnos cuando de repente aparecen en torno a la mesa los poetas improvisadores de la región. Son ciegos que cantan las coplas siguientes, acompañándose de sus guitarras:

*Marcos ha dicho a Luisa:*

*¿Quiere corazón y fe?*

*Responde ella: «Sígueme,*

*hablaremos en la iglesia».*

*Allí, con boca y con ojos,*

*se han prometido los dos*

*una llama viva y pura.*

*Si sientes curiosidad*
*por ver esposos felices,*
*venir a Extremadura.*

*Luisa es discreta y es bella,*
*a Marcos lo envidian muchos,*
*pero los desarma a todos*
*mostrándose digno de ella;*
*y aquí al unísono todo,*
*aplaudiendo su elección,*
*elogia llama tan pura.*
*Si sientes curiosidad*
*por ver esposos felices,*
*venir a Extremadura.*

*¡Con qué dulce simpatía*

*están sus pechos unidos!*

*Sus rebaños se han reunido*

*en una misma majada;*

*sus penas y sus placeres,*

*sus afanes y deseos*

*siguen el mismo compás.*

*Si sientes curiosidad*

*por ver esposos felices,*

*venir a Extremadura.*

Mientras escuchábamos estas canciones, tan sencillas como aquellos para quienes parecían estar hechas, todos los gañanes de la granja que ya no eran necesarios para el servicio se reunían alegremente para comer las sobras del banquete; mezclados con gitanos y gitanas llamados para aumentar el júbilo de la fiesta, formaban bajo los árboles de la vereda grupos tan variopintos como animados y embellecían nuestra perspectiva.

Biondetta buscaba continuamente mis miradas y las obligaba a dirigirse hacia los objetos que tanto parecían entretenerla, como si me reprochara no compartir con ella toda la diversión que le proporcionaban.

## XVI

El banquete ya dura demasiado para la juventud, que espera el baile. Las personas de edad madura deben mostrarse complacientes. Se desarma la mesa: los tablones que la forman, los toneles que la sostienen, se trasladan al fondo de la enramada; convertidos en tablado, sirven de escenario a los músicos. Se tocan fandangos sevillanos; jóvenes gitanas los ejecutan con sus castañuelas y sus panderetas; los invitados se mezclan con ellas y la imitan; el baile se generaliza. Biondetta parecía devorar con los ojos el espectáculo. Sin salir de su lugar, ensaya todos los movimientos que ve hacer.

—Creo —dice— que el baile me gustaría con furor.

Pronto se lanza a ello y me obliga a bailar. Muestra de entrada cierta timidez y hasta un poco de torpeza, pero en seguida parece acostumbrarse y unir la gracia y la fuerza a la ligereza, a la precisión. Se calienta; necesita su pañuelo, el mío, el que caiga en sus manos; no se detiene más que para enjugarse el sudor.

El baile nunca fue mi pasión y mi alma no estaba tan a gusto como para que yo pudiera entregarme a un entretenimiento tan vano. Me escapo y llego a uno de los extremos de la enramada, buscando un lugar donde poder sentarme y reflexionar. Un parloteo muy ruidoso me distrae y, casi pesar mío, reclama mi atención. Dos voces se han alzado a mis espaldas. «Sí, sí —decía una—, es un hijo del planeta. Entrará en su casa. Fíjate, Zoradilla, nació el 3 de mayo a las tres de la mañana…

—¡Oh!, realmente, Lelagisa —respondía la otra—, ¡pobres de los hijos de Saturno! Este tiene a Júpiter de ascendiente, Marte y a Mercurio en conjunción trina con Venus. ¡Qué hermoso joven! ¡Qué prendas naturales! ¡Qué esperanzas podría concebir! ¡Qué fortuna debería hacer! Pero…».

Yo sabía la hora de mi nacimiento y la oía detallar con la más singular precisión. Me doy la vuelta y observo a las dos charlatanas.

Veo a dos viejas gitanas menos sentadas que en cuclillas sobre sus talones. Una tez más que olivácea, ojos profundos y ardientes, boca hundida, nariz fina y desmesurada que, partiendo de lo alto de la cabeza, llega

curvándose a tocar el mentón; un pedazo de tela que tuvo rayas blancas y azules gira dos veces en torno a un cráneo semipelado, cae sobre el hombro y desde allí se prolonga hasta la cintura que, de este modo, queda medio desnuda; en una palabra, objetos casi tan repugnantes como ridículos.

Las abordo.

—¿Hablaban de mí, señoras? —Les digo, viendo que me seguían mirando sin dejar de hacerse señas…

—¿Nos escuchabas entonces, señor caballero?

—Sin duda —repliqué—. ¿Y quién les ha enseñado tan bien la hora de mi nacimiento?…

—Muchas más cosas podríamos decirte, joven afortunado, pero debes empezar por poner la señal en la mano.

—Que no quede por eso —respondí, e inmediatamente les di un doblón.

—Mira, Zoradilla —dijo la de más edad—, mira qué noble es, cómo está hecho para gozar de todos los tesoros que le están destinados. Vamos, rasguea la guitarra y sígueme.

Canta:

*España les ha dado el ser,*

*Parténope, la crianza;*

*la tierra en ti ve a su dueño;*

*del cielo, si quieres serlo,*

*el favorito serás.*

*La dicha que te auguramos*

*voluble es, puede dejarte,*

*solo la tienes al paso:*

*es preciso, si eres sabio,*

*cogerla sin vacilar.*

*¿Cuál es ese objeto amable*

*que se rindió a tu imperio?*

*Es…*

Las viejas estaban en vena. Yo era todo oídos. Biondetta deja el baile; corre hacia mí, me toma del brazo, me obliga a alejarme.

—¿Por qué me has abandonado, Alvaro? ¿Qué haces aquí?

—Escuchaba —respondí.

—¡Cómo! —me dijo, mientras me arrastraba—, ¿escuchabas a esas monstruosas viejas?…

—En realidad, mi querida Biondetta, esas criaturas son singulares; tienen más conocimientos de los que les suponemos; me decían…

—Sin duda —me replicó con ironía— hacían su trabajo, te decían la buenaventura. ¿Les dabas crédito?

Eres, a pesar de tu inteligencia, simple como un niño. ¿Y esas son las cosas que te impiden ocuparte de mí?…

—Al contrario, mi querida Biondetta, iban a hablarme de ti.

—¡Hablar de mí! —replicó vivamente, con una especie de inquietud—, ¿qué saben de mí ellas?, ¿qué pueden decir? Desvarías. Bailarás conmigo toda la noche para hacerme olvidar tu espantada.

La sigo, entro de nuevo en el grupo, pero sin prestar atención a lo que ocurre alrededor mío. Solo pensaba en escaparme para reunirme otra vez, donde pudiera, con mis echadoras de buenaventura. Finalmente, creo ver un momento favorable: lo aprovecho. En un abrir y cerrar de ojos me escabullo en busca de mis brujas, las encuentro y las llevo a una pequeña glorieta donde termina el huerto de la granja. Una vez allí, les suplico que me digan, en prosa, sin enigma, muy sucintamente, en fin, todo lo que puedan saber de interés sobre mi persona. Mis ruegos causaron su efecto, pues tenía las manos llenas de oro. Se consumían tanto por hablar como yo por escucharlas. Pronto no pude ya dudar de que conociesen las particularidades más secretas de mi

familia y, confusamente, mis relaciones con Biondetta, mis temores, mis esperanzas; creía enterarme de muchas cosas, me preciaba de enterarme de otras aún más importantes; pero nuestro Argos me vuelve a pisar los talones.

Esta vez Biondetta no corre hacia mí, sino que voló. Quise hablar.

—Nada de excusas —dijo—, la reincidencia es imperdonable…

—¡Ah! Me la perdonarás —le dije—, estoy seguro de ello. Aunque me hayas impedido enterarme de todo lo que podía saber, ya sé lo suficiente…

—Para hacer alguna extravagancia. Estoy furiosa, pero no es este el momento de pelearse; aunque nosotros nos hayamos faltado al respeto, se lo debemos a nuestros anfitriones. Vamos a sentarnos a la mesa, y yo me colocaré a tu lado; no pienso aguantar más que te me escapes.

En la nueva disposición del banquete, estábamos sentados enfrente de los recién casados. Ambos están animados por los placeres de la jornada: Marcos tiene la

mirada encendida y Luisa mira con menos timidez que antes, pero el pudor se venga y le cubre las mejillas del más vivo encarnado. El vino de Jerez da la vuelta a la mesa y parece haber desterrado hasta cierto punto la reserva: hasta los viejos, animándose con el recuerdo de sus placeres pasados, provocan a la juventud con ocurrencias que demuestran menos viveza que petulancia. Este cuadro tenía ante mis ojos, pero había otro más movido y más variado junto a mí.

Biondetta, que parecía alternativamente entregada a la pasión y al despecho, luciendo una boca armada con las gracias altivas del desdén o embellecida por la sonrisa, me importunaba, me ponía mala cara, me pellizcaba hasta sangrar, y terminaba por pisarme suavemente los pies. En una palabra, se sucedían en un mismo instante el favor y el reproche, el castigo y la caricia, de modo que, entregado a tal vicisitud de sensaciones, me hallaba en un desorden inconcebible.

# XVII

Los novios han desaparecido; una parte de los invitados los han seguido por una u otra razón. Abandonamos la mesa. Una mujer, que sabíamos era la tía del granjero, coge una vela de cera amarilla, nos precede y siguiéndola llegamos a un pequeño dormitorio de doce pies cuadrados: una cama que no llega a los cuatro de ancho, una mesa y dos sillas constituyen todo el mobiliario. «Señor y señora —nos dice nuestra guía—, este es el único cuarto que podemos proporcionarles». Pone la vela sobre la mesa y nos deja solos.

Biondetta baja la vista. Le dirijo la palabra:

—¿Les has dicho que estábamos casados?

—Sí —responde—, no podía decir más que la verdad. Tengo tu palabra, tú tienes la mía. Eso es lo esencial. Tus ceremonias son solo precauciones contra la mala fe y no me conciernen en absoluto. Lo demás no ha dependido de mí. Por otra parte, si no quieres compartir la cama que nos ofrecen, me darás la mortificación de verte pasar

la noche muy incómodamente. Necesito descanso: estoy rendida, agotada en todos los aspectos.

Mientras pronunciaba estas palabras con un tono muy excitado, se tiende en la cama con la cara vuelta hacia la pared.

—¡Cómo! —grité—, Biondetta, te he disgustado, estás realmente enfadada. ¿Cómo puedo expiar mi falta? Pídeme la vida.

—Alvaro —me responde sin alterarse—, ve a consultar a tus gitanas de qué manera puede volver la calma a mi corazón y al tuyo.

—¿Cómo? ¿La conversación que mantuve con esas mujeres es el motivo de tu cólera? ¡Ah! Ya verás cómo me disculpas, Biondetta. Si Supieras hasta qué punto las opiniones que me han dado coinciden con las tuyas… ¡Me han decidido incluso a no regresar al castillo de Maravillas! Sí, ya está hecho, mañana partimos hacia Roma, Venecia, París, a cualquier lugar en que quieras que viva contigo. Allí esperaremos el consentimiento de mi familia…

Al oír estas palabras, Biondetta se vuelve. Su rostro muestra una expresión seria e incluso severa.

—¿Recuerdas, Alvaro, lo que soy, lo que esperaba de ti, lo que te aconsejaba hacer? ¡Y qué! Cuando, utilizando con discreción las luces de que estoy dotada, no he podido llevarte a nada razonable, ¡va a resultar que la regla de mi conducta y de la tuya van a basarse en las declaraciones de dos de los seres más peligrosos para ti y para mí, por no decir los más despreciables! Sí —exclamó, en un arrebato de dolor—, he temido siempre a los hombres; he vacilado durante siglos antes de tomar una decisión; está tomada y es irreversible. ¡Qué desdichada soy!

Prorrumpe entonces en sollozos, que procura ocultar a mi vista.

Combatido por las más violentas pasiones, caigo a sus rodillas:

—¡Oh, Biondetta! —exclamé—, ¡no ves mi corazón! Dejarías, si lo vieras de desgarrarlo.

—No me conoces, Alvaro, y me harás sufrir cruelmente antes de conocerme. Es necesario que un último esfuerzo

te revele mis recursos y cautive a tal punto tu estima y tu confianza que ya no me vea expuesta a peticiones humillantes o peligrosas; tus pitonisas están demasiado de acuerdo conmigo como para que no me inspiren justos terrores. ¿Quién me asegura que Soberano, Bernadillo, tus enemigos y los míos, no estén ocultos bajo esas máscaras? Acuérdate de Venecia. Opongamos a sus argucias un tipo de prodigios, que, sin duda, no esperan de mí. Mañana llego a Maravillas, de donde su política busca alejarme, las más envilecedoras y abrumadoras sospechas me recibirán allí, pero doña Mencía es una mujer justa, estimable; tu hermano tiene el alma noble: a ellos me abandonaré. Seré un modelo de dulzura, de complacencia, de obediencia, de paciencia; saldré al paso de todas las pruebas.

Se detiene un momento. «¿Será rebajarte lo suficiente, desdichada sílfide?», exclama con doloroso tono de voz.

Quiere proseguir, pero la abundancia de las lágrimas le priva del uso de la palabra.

¿En qué me transformo yo ante estos testimonios de pasión, estas señales de dolor, estas resoluciones

dictadas por la prudencia, estos impulsos de un coraje que se me antojaba heroico? Me siento a su lado: trato de calmarla con mis caricias. Primero, me rechaza; poco después ya no encuentro resistencia, pero no hay motivo para felicitarme por ello, la respiración se le hace difícil, tiene los ojos semicerrados, el cuerpo no obedece sino a movimientos convulsivos, un frío sospechoso se le propaga por la piel, el pulso apenas es perceptible y el cuerpo parecería totalmente inanimado si el llanto no fluyera con la misma abundancia.

¡Oh, poder de las lágrimas, sin duda el más poderoso de todos los rasgos del amor! Mis desconfianzas, mis resoluciones, mis juramentos, todo queda olvidado. Queriendo secar el manantial de aquel precioso rocío, me había acercado demasiado a aquella boca donde la frescura se unía al dulce perfume de la rosa; y, aunque quiero alejarme, dos brazos, cuya blancura, suavidad y forma no sabría describir, actúan como lazos de los que no me puedo desprender…

—¡Oh, Alvaro mío! —exclama Biondetta—, he triunfado: soy el más feliz de todos los seres.

Yo me sentía incapaz de hablar; experimentaba una turbación extraordinaria; diré más: estaba avergonzado, inmóvil. Se precipita fuera de la cama, se arroja a mis rodillas, me descalza.

—¡Cómo! Querida Biondetta —exclamé—, ¡cómo!, ¿tú rebajarte?…

—¡Ah! —me responde—, ingrato, te servía cuando no eras más que mi déspota; déjame servir a mi amante.

En un momento me hallo despojado de mis ropas; mis cabellos, recogidos con orden, son depositados en una red que ella ha encontrado en un bolsillo.

Su fuerza, su actividad, su habilidad han triunfado sobre todos los obstáculos que yo quería oponer. Con igual ligereza, lleva a cabo su aseo nocturno, apaga la vela que nos alumbraba y corre las cortinas.

Entonces, con una voz cuya dulzura no podría compararse a la más deliciosa de las músicas, me dice:

—¿He hecho feliz a mi Alvaro como él me ha hecho a mí feliz? Pero no, todavía soy yo la única feliz: él lo será,

quiero que lo sea; lo embriagaré de delicias, lo colmaré de ciencias, lo elevaré al pináculo de las grandezas. ¿Querrás, corazón mío, querrás tú ser la criatura más privilegiada, someter conmigo a los hombres, los elementos, la naturaleza entera?

—¡Oh, mi querida Biondetta! —le dije, aunque forzándome un poco—, tú me bastas, tú colmas todos los deseos de mi corazón…

—No, no —replicó vivamente—, Biondetta no debe bastarte: no es ese mi nombre; tú me lo habías dado, me halagaba, lo llevaba con placer; pero debes saber quién soy… Soy el diablo, mi querido Alvaro, soy el diablo…

Al pronunciar esta palabra con un tono de dulzura tan encantadora, cerraba más que exactamente el paso a las respuestas que hubiese querido darle. En cuanto pude romper el silencio, le dije:

—Deja, mi querida Biondetta, o quienquiera que seas, de pronunciar ese nombre fatal y de recordarme un error del que he abjurado hace mucho tiempo.

—No, mi querido Alvaro, no era ningún error; he tenido que hacértelo creer así, querido hombrecito. Era necesario engañarte para que te volvieras, por fin, razonable. Tu especie huye de la verdad: cegarte es la única manera de hacerte feliz. ¡Ah, cuánto lo serás si quieres serlo! Me propongo colmarte de felicidad. Convendrás conmigo en que no soy tan repugnante como me pintan…

Su juego me tenía totalmente desconcertado. Me negaba a jugarlo, y la ebriedad de mis sentidos ayudaba a mi distracción voluntaria.

—¡Vamos, respóndeme! —Me dijo.

—¡Eh! ¿Y qué quieres que te responda?…

—Ingrato, coloca la mano sobre este corazón que te adora; que el tuyo se anime, si es posible, con la más ligera de las emociones que tan sensibles son en el mío. Deja que fluya por tus venas un poco de esa llama deliciosa que abrasa las mías; suaviza, si puedes, el sonido de esa voz tan propia para inspirar amor y de la que no te sirves, y en exceso, más que para asustar mi alma tímida; dime,

en fin, si te es posible, pero con la misma ternura que yo siento por ti: «mi querido Belcebú, te adoro…».

# XVIII

Ante este nombre fatal, aunque tan tiernamente pronunciado, un terror mortal se apodera de mí; el asombro, el estupor abruman mi alma; la creería aniquilada si la voz sorda del remordimiento no gritase en el fondo de mi corazón. Sin embargo, la rebelión de mis sentidos subsiste tanto más imperiosamente cuanto que no puede ser reprimida por la razón. Me entrega sin defensa a mi enemigo, que abusa de mí y me muestra a su antojo su conquista.

No me concede tiempo para volver en mí, para reflexionar sobre la falta, de la que es mucho más autor que cómplice.

—Ya están arreglados nuestros asuntos —Me dice, sin alterar sensiblemente ese tono de voz al que me tiene acostumbrado—. Acudiste en mi busca: te he seguido, servido, favorecido; he obrado, en fin, según tu voluntad. Deseaba tu posesión y, para conseguirla, necesitaba que me ofrecieras un libre abandono de ti mismo. Sin duda, debo a ciertos artificios la primera complacencia; en

cuanto a la segunda, yo había descubierto mi nombre, sabías a quién te entregabas y de nada te valdría ahora alegar ignorancia. Desde este instante, Alvaro, nuestro vínculo es indisoluble; pero, para cimentar nuestra sociedad, es importante que nos conozcamos mejor. Como yo te sé ya casi de memoria, para que las ventajas sean recíprocas debo mostrarme a ti tal como soy.

Sin darme tiempo para reflexionar sobre tan singular discurso, suena un silbido muy agudo a mi lado. Al punto, la oscuridad que me rodea se disipa; la cornisa que remata el artesonado del techo se cubre de gruesas babosas, sus cuernos basculan con viveza y se convierten en chorros de luz fosfórica cuyo fulgor y efecto se ven incrementados por la agitación y el alargamiento.

Casi deslumbrado por esa iluminación súbita, dirijo la vista a mi lado; en lugar de una figura encantadora, ¿qué veo? ¡Oh, cielos! La espantosa cabeza de camello. Articula con una voz de trueno aquel tenebroso *Che vuoi* que tanto me había aterrorizado en la gruta, suelta una carcajada humana más horrorosa todavía, saca una lengua desmesurada…

Corro, me escondo debajo de la cama, con los ojos cerrados y la cara contra el suelo. Sentía latir mi corazón con una fuerza terrible; el sofoco amenazaba con hacerme perder la respiración.

No puedo calcular el tiempo que pasé en tan inenarrable situación. De pronto, siento que me tiran del brazo, mi terror crece. Obligado, no obstante, a abrir los ojos, una luz muy intensa los ciega.

No era la de las babosas, que ya no estaban sobre las cornisas; a cambio, el sol caía plomo sobre mi cara. Una vez más me tiró del brazo; insiste; reconozco a Marcos.

—¡Eh, señor caballero! —me dice—, ¿a qué hora piensas salir? Si quieres llegar hoy a Maravillas, no tienes tiempo que perder, es casi mediodía.

Como yo no respondo, me examina:

—¿Cómo? Te has acostado completamente vestido… ¿Has pasado catorce horas seguidas durmiendo? Debiste tener una gran necesidad de descanso. Tu señora esposa ya se lo figuraba, sin duda por temor a molestarte fue a pasar la noche con una de mis tías; pero ha sido más

diligente que tú: muy de mañana dio órdenes para que repararan tu coche, y puedas subir en él. En cuanto a la señora, no la encontrarás aquí, le hemos dado una buena mula; ha querido aprovechar el fresco de la mañana; te precede y debe esperarte en el primer pueblo que encontrarás en tu camino.

Marcos sale. Maquinalmente me froto los ojos y me paso las manos por la cabeza en busca de aquella red que debía envolver mis cabellos…

La tengo desnuda, en desorden; la trenza se mantiene igual que la víspera, un lazo la sigue sujetando. «¿Estaría dormido? —Me digo entonces—. ¿He dormido? ¿Seré lo suficientemente afortunado como para que todo no haya sido más que un sueño? Vi cómo apagaba la luz… La apagó… Aquí está…».

Marcos vuelve a entrar.

—Si quieres comer algo, señor caballero, está preparado. Su coche está listo.

Bajo de la cama; apenas puedo sostenerme, se me doblan las piernas. Acepto tomar algún alimento, pero

me es imposible tragarlo. Quiero entonces mostrar mi gratitud al granjero e indemnizarlo por los gastos que le he ocasionado, pero él rehúsa.

—La señora —me responde— nos ha recompensado y más que noblemente; tú y yo, señor caballero, tenemos dos buenas esposas.

Tras estas palabras, a las que no respondo, subo al carruaje, que se pone en marcha.

No describiré la confusión de mis pensamientos: era tal que la idea del peligro en que me disponía a encontrar a mi madre no se reflejaba sino débilmente en ellos. Con los ojos alejados y la boca abierta, era menos un hombre que un autómata.

Mi conductor me despierta.

—Señor caballero, debemos recoger a la señora en este pueblo.

No le respondo. Atravesábamos una especie de aldea; en cada casa indaga si han visto pasar a una dama joven con tales y cuales señas. Les responden que allí no se ha

detenido. Se vuelve, como queriendo leer en mi rostro mi inquietud al respecto. Y, si no sabía más que yo, debí parecerle muy perturbado.

Estamos fuera del pueblo y empiezo a acariciar la idea de que el objeto actual de mis temores se haya alejado, al menos por algún tiempo. «¡Ah! Si pudiese llegar y echarme a las rodillas de doña Mencía —me digo a mí mismo—, si pudiera ponerme bajo la salvaguardia de mi respetable madre, fantasmas, monstruos que se han ensañado conmigo, ¿se atreverían a violar ese asilo? Allí volveré a encontrar, junto con los sentimientos de la naturaleza, los principios saludables de los que me he apartado; ellos serán mi escudo frente a ustedes. Pero si las penas ocasionadas por mis desórdenes me han privado de ese ángel tutelar… ¡Ah!, entonces no quiero vivir más que para vengarla de mí mismo. Me sepultaré en un claustro… ¡Eh!, ¿quién me librará allí de las quimeras que engendre mi cerebro? Con todo, abrazaré el estado eclesiástico. Sexo encantador, debo renunciar a ti: una larva infernal se ha revestido con todas las gracias que yo idolatraba; lo más conmovedor que viese en ti me recordaría…».

# XIX

En medio de estas reflexiones en las que mi atención se halla concentrada, el coche entra en el gran patio del castillo. Oigo una voz: «¡Es Alvaro! ¡Es mi hijo!». Levanto la vista y reconozco a mi madre en el balcón de su aposento.

Nada iguala entonces la dulzura, la viveza del sentimiento que me embarga. Mi alma parece renacer, todas mis fuerzas se reaniman al mismo tiempo. Me precipito, vuelo hacia los brazos que me esperan. Me prosterno. «¡Ah! —exclamé, con los ojos bañados en lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos— ¡Madre mía!, ¡madre mía! ¿No soy, pues, tu asesino? ¿Me reconoces como hijo tuyo? ¡Ah!, madre mía, me abrazas…».

La pasión que me transporta, la vehemencia de mis acciones han alterado de tal manera mis rasgos y el sonido de mi voz que doña Mencía concibe cierta inquietud. Me levanta con bondad, me abraza de nuevo, me obliga a sentarme. Quise hablar, pero me fue imposible hacerlo;

me arrojé sobre sus manos bañándolas en lágrimas, cubriéndolas con las caricias más arrebatadas.

Doña Mencía me observa sorprendida, supone que debe haberme sucedido algo extraordinario; teme incluso algún trastorno de mi razón. Mientras su inquietud, su curiosidad, su bondad, su ternura se hacen visibles en sus complacencias y en sus miradas, su previsión ha puesto al alcance de mi mano cuanto puede aliviar las necesidades de un viajero fatigado por un camino largo y penoso.

Los criados se apresuran a servirme. Mojo mis labios por complacerlos. Mis miradas distraídas buscan a mi hermano; alarmado al no verlo, digo:

—Señora, ¿dónde está el estimable don Juan?

—Se pondrá muy contento cuando sepa que estás aquí, pues te escribió para que vinieras; pero como sus cartas, fechadas en Madrid, no pueden haber salido hasta hace unos días, no te esperábamos tan pronto. Eres coronel del regimiento que él mandaba y el rey acaba de nombrarlo para un virreinato en las Indias.

—¡Cielos! —exclamé—, ¿será entonces totalmente falso el espantoso sueño que acabo de tener? Pero es imposible…

—¿De qué sueño hablas, Alvaro?

—Del más largo, del más extraño, del más terrible que pueda tenerse.

Entonces, superando orgullo y vergüenza, le cuento detalladamente cuanto me había sucedido desde mi entrada en la gruta de Portici hasta el feliz momento en que pude abrazarme a sus rodillas.

Aquella mujer respetable me escucha con una atención, una paciencia, una bondad extraordinarias. Como yo conocía ya la gravedad de mi falta, vio que era inútil exagerármela.

—Querido hijo, has corrido tras las mentiras y, al instante, ellas te han rodeado. Júzgalo tú mismo a través de la noticia de mi indisposición y del enojo de tu hermano mayor. Berta, a quien creíste hablar, se halla postrada en cama desde hace tiempo sin poderse mover, nunca pensé en enviarte doscientos cequíes de más, aparte de tu

pensión. Habría temido que sirvieran para alimentar tus desórdenes o sumergirte en ellos por una liberalidad mal entendida. El honrado escudero Pimientos ha muerto hace ocho meses. Y de los mil ochocientos campanarios que tal vez posea en todas las Españas el señor duque de Medina Sidonia, no hay una pulgada de tierra en el lugar que indicas, lo conozco perfectamente, y habrás soñado esa granja y todos sus habitantes.

—¡Ah! Señora —repuse—, el mulero que me ha traído lo vio igual que yo. Bailó en la boda.

Mi madre ordena que hagan venir a mulero, pero este había desenganchado las mulas al llegar, sin pedir su salario.

Esta fuga precipitada, que no dejaba ninguna pista, provocó algunas sospechas en mi madre.

—Nuñez —le dijo a un paje que cruzaba la habitación—, vete a decirle al venerable don Quebracuernos que mi hijo Alvaro y yo lo esperamos aquí. Es —prosiguió— un doctor de Salamanca; tiene mi confianza y la merece: puedes otorgarle la tuya. Hay en el final de tu sueño una

particularidad que me preocupa; don Quebracuernos conoce los términos y definirá esas cosas mucho mejor que yo.

El venerable doctor no se hizo esperar; era persona que imponía, incluso antes de hablar, por la gravedad de su porte. Mi madre me hizo repetir ante él la confesión sincera de mi atolondramiento y las consecuencias que había traído consigo. Él me escuchaba con una atención mezclada con asombro y sin interrumpirme. Cuando hube terminado, después de haber meditado unos instantes, tomó la palabra en estos términos:

—Ciertamente, Señor Alvaro, acabas de escapar al mayor peligro a que puede exponerse un hombre por su culpa. Has provocado al espíritu maligno y lo has provisto, mediante una serie de imprudencias de todos los disfraces que necesitaba para conseguir engañarte y perderte. Tu aventura es realmente extraordinaria; no he leído nada semejante en la *Demonomanía* de Bodin ni en el *Mundo encantado* de Bekker. Y hemos de convenir en que, desde que esos grandes hombres escribieron sus obras, nuestro enemigo se ha refinado prodigiosamente en manera de formar sus ataques, aprovechando

las astucias que los hombres del siglo emplean recíprocamente para corromperse. Copia fielmente la naturaleza, y sabiendo elegir; emplea el recurso de los talentos amables, da fiestas de buen tono, hace hablar a las pasiones su lenguaje más seductor; imita incluso, hasta cierto punto, la virtud. Esto me abre los ojos sobre muchas cosas que ocurren; veo desde aquí muchas grutas más peligrosas que las de Portici, y una multitud de endemoniados que, por desgracia, no sospechan serlo. Respecto a ti, tomando sabias precauciones para el presente y para el porvenir, te creo totalmente liberado. Tu enemigo se ha retirado, de eso no cabe duda. Te sedujo, es cierto, pero no logró corromperte; tus intenciones, tus remordimientos se han salvado con la ayuda de los socorros extraordinarios que recibiste; así, su pretendido triunfo y tu derrota no han sido, para ti y para él, más que una ilusión de la que su arrepentimiento terminará de lavarte. En cuanto a él, le ha correspondido una retirada forzosa; pero admira de cómo ha sabido cubrirla y dejar, al partir, la duda sembrada en su espíritu y señales en su corazón para poder renovar el ataque si le das ocasión de hacerlo. Después de haberte deslumbrado cuanto le has permitido, obligado a mostrarse a ti en toda su deformidad, obedece como el esclavo que prepara la

rebelión; no quiere dejarte ninguna idea razonable y clara, mezclando lo grotesco con lo terrible, lo pueril de sus babosas luminosas con el espantoso descubrimiento de su horrible cabeza, la mentira, en fin, con la verdad, el descanso con la vigilia, de manera que tu confundido espíritu no distinga nada y que puedas creer que la visión que te asaltó era menos efecto de su malicia que sueño ocasionado por los vapores de tu cerebro. Sin embargo, aisló cuidadosamente la idea de ese agradable fantasma del que se sirvió durante tanto tiempo para extraviarte, si se lo permites, lo volverá a sacar a escena. Con todo, no creo que la barrera del claustro o de nuestro estado sea la que debas oponerle. Tu vocación no está suficientemente decidida; las personas instruidas por su experiencia son necesarias en el mundo. Créeme, establece vínculos legítimos con una dama que te merezca; que tu respetable madre presida tu elección, y, aunque la que obtengas de su mano tenga unas gracias y unos talentos celestiales, nunca sentirás la tentación de confundirla con el Diablo.

“El ofrecimiento que me haces, mi querido Soberano, me resulta muy agradable. La curiosidad es mi pasión más fuerte...

Colección
Lima Lee

